

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



EL LANDÓ DE SEIS CABALLOS

Edición de Víctor García Ruiz

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “El landó de seis caballos”:
Víctor García Ruiz.

Autocrítica

Cuando me propuse componer estos dos actos de *El landó de seis caballos* me atrajo, ante todo, lo que el proyecto tenía en sí de puro riesgo. Con una sola situación, una sombra de argumento apenas entrevisto, cuya realidad auténtica se trasladaba a fecha muy anterior al tiempo de la acción, todo el sentido teatral de la farsa había de concentrarse en la fuerza de esa única situación, en la vibración del diálogo y en el dibujo detallado y minucioso, casi afiligranado, de unos pocos personajes. Y así, el hecho material de escribir esta obra fue como el jolgorioso trance de crear un juguete jugando. Me seducía la idea –a todo autor le sucede esto de cuando en cuando– de buscarles alegremente las vueltas a las peliagudas esquinas de las inexorables fórmulas teatrales. Luego, intenté que en la farsa se cruzasen los aires de hoy –traídos por Isabel, Margarita, Rosita, Florencio y el Músico– con los ecos de un ayer reciente, pero lejano, ya pura lámina, hechos superviviente realidad en la fantástica aventura de los cuatro viejecitos, entre las paredes de la vieja casona perdida en un bosque inexistente. Si de todo ello resulta un revuelo de poesía y un poco de humor, estos son, seguramente, los tantos que el autor hubiera querido anotarse.

Como en su día testimoniaron la crítica y el público en el marco señorial y admirable del teatro María Guerrero, la interpretación que a esta obra dio la compañía del Teatro Nacional fue perfecta y la dirección, exquisita.

VÍCTOR RUIZ IRIARTE

EL LANDÓ DE SEIS CABALLOS

FARSA EN DOS ACTOS

Estrenada en el Teatro María Guerrero, de Madrid, el día 26 de mayo de 1950

REPARTO

(por orden de aparición en escena)

CHAPETE..... Gabriel Miranda
DOÑA ADELITA..... Carmen Seco
SIMÓN..... Miguel Ángel
PEDRO..... Gaspar Campos
MARGARITA Cándida Losada
ROSITA Amparo G. Ramos
ISABEL..... Elvira Noriega
FLORENCIO..... José M. Rodero
EL MÚSICO Ricardo Lucía

Escenografía: Fernando Rivero

Dirección de escena: José Luis Alonso

ACTO I

Un vasto salón, muy anticuado, a la moda de 1900, con las paredes tapizadas de damasco. Un ventanal al fondo; detrás, un jardín seco y abandonado, casi yermo. Al fondo, también, una entrada con embocadura. Dos puertas, con viejos cortinajes, a cada lado. Luz de atardecer.

(Cuando se alza el telón se ofrece al espectador una escena curiosísima. En la parte de la izquierda, y en primer término, hay un pequeño sofá cruzado, esto es, en posición perpendicular a la batería, y a muy poca distancia, delante, más hacia la izquierda, un canapé colocado de igual modo. En el sofá están sentados doña Adelita y Simón, y Chapete, en el canapé. Los tres son muy viejecitos. Doña Adelita lleva un traje de tarde, a la moda de fin de siglo, con un gran sombrero, todo de tules y de flores, y tiene abierta una preciosa sombrilla roja, de seda, con la que se protege contra un sol imaginario. Simón, con «chaquet» y chistera grises, como un elegante de la época en tarde de hipódromo. Chapete viste uniforme de cochero de lujo del mismo tiempo: su chistera con roseta, sus botas de media pierna, su pantalón blanco y ceñido. Chapete maneja los larguísimos cordones del cortinaje de la primera puerta de la izquierda, sujetos a la pared, naturalmente a buena distancia, y, de cuando en cuando, restalla en el aire un enorme látigo con el ímpetu necesario para manejar los bríos de un tronco de seis caballos. El grupo, por la colocación de los muebles y de las figuras, da la sensación de un landó novecentista.¹ Los tres personajes, ancianos, muy ancianos, y alegres, muy alegres, parecen niños que juegan a los coches de caballos...)

CHAPETE.—*(Alegrísimo)* ¡Ohé! ¡Ohé! ¡Ohé, Capitana!

¹ *Landó*: carruaje de cuatro ruedas y dos caballos, más bien de lujo, cuya principal característica era la cubierta, «que se repliega la mitad hacia delante y la otra mitad hacia atrás dejando huecos laterales para cerrar los cristales de las portezuelas» («Landó». *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*. Vol. 29. 1916. Madrid: Espasa-Calpe, 1967. 578b); es decir, el landó podía abrirse o cerrarse como un descapotable actual, para ver y ser visto, punto que tiene su función en esta farsa.

ADELITA.—(*Encantada*) No hay nada como la Castellana en una tarde de carreras. A mí que no me digan de Londres. Yo estuve una vez en Londres. Y, la verdad, no es para tanto. A la misma Victoria se lo he dicho muchísimas veces...

SIMÓN.—(*Atónito*) ¿Quién es Victoria?

ADELITA.—(*Naturalísima*) ¡La Reina!

SIMÓN.—¡Ah, ya!

(Y, de pronto, doña Adelita, agitando su pañuelo de encaje, se vuelve y saluda a los ocupantes de un carruaje imaginario)

ADELITA.—¡Adiós, querido!

SIMÓN.—(*Tímido*) ¿A quién saluda usted, señora?

ADELITA.—(*Muy natural*) Al duque del Infantado, que va en ese coche...

SIMÓN.—¡Ah, bueno! Creí que era algo de particular...

(Aparece Pedro; es tan anciano como los tres viejecitos que se hallan en escena. Viste un solemnísimos «chaquet» de mayordomo al viejo estilo y lleva en las mejillas unas gloriosas patillas blancas. Sujeta con una mano el hilo de un gran globo azul de los que son el encanto de los niños. Cruza la escena con sus pasitos cortos y cansados, llevando su globo con la mayor naturalidad. Al ver el grupo jolgorioso de los tres ancianos mueve la cabeza con un sensatísimo gesto de desaprobación)

PEDRO.—¡Adelita! Hay que cambiar la ropa blanca de las alcobas. Y tú, Simón, tienes que ocuparte de la plata del comedor...

ADELITA.—(*Enojadísima*) ¡Pedro! Te he dicho mil veces que no nos molestes con tus tonterías cuando vamos a las carreras...

PEDRO.—Pero, Adelita...

ADELITA.—(*Enérgicamente*) ¡A callar!

(Y doña Adelita, Simón y Chapete, al unísono, comienzan a cantar)

LOS TRES

La espada de este cadete
dicen que la tengo yo...

¡La tiene una amiga mía
clavada en el corazón!²

PEDRO.—(*Horrorizado*) ¡Dios santo! Pero ¿cuándo habrá en esta casa un poco de seriedad?

(Y sale muy digno con su globo. Los otros tres ancianos cantan, ríen, palmotean y están divertidísimos)

LOS TRES

¿Dónde vas, Alfonso Doce,
dónde vas, triste de ti.
Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la vi.
Si Mercedes ya se ha muerto,
muerta está, que yo la vi.
¡Cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid!³

(Mientras, ha surgido en escena Margarita. Una joven que viste con arreglo al último figurín de nuestro tiempo; trae en la mano una pequeña maletita. Al ver el grupo de los tres ancianos tan divertidos, se los queda mirando como si soñara, con los ojos muy abiertos, y cuando terminan de cantar avanza hacia ellos muy despacio)

MARGARITA.—Buenas tardes. (*Los viejecitos cortan en seco su canción y sus risas y se vuelven estupefactos hacia la recién llegada*) Ustedes perdonen; vi la puerta del jardín abierta y entré. Yo quisiera saber si esta es la finca de Las Colinas...

CHAPETE.—¿Qué dice?

SIMÓN.—¿Quién es esta mujer?

ADELITA.—¿Qué busca usted en Las Colinas, hija mía?

2 Canción de corro tradicional. Continúa así: «Estrellas hay en el cielo, /mi madre a mí me casó / con un chico marinero / que tenía más pesetas / que estrellitas en el cielo».

3 El romance «Alfonso XII» se canta al corro estando los niños cogidos de la mano. Al terminar cada estrofa, uno de los niños se vuelve de espaldas y sigue girando el corro en esta posición. Al final de cada estrofa otro niño se gira de espaldas hasta que todos los niños están mirando hacia afuera. Entonces empieza a girarse mirando hacia el centro hasta terminar el romance. Comienza así: «De los árboles frutales, / me gusta el melocotón; / y de los reyes de España, / don Alfonso de Borbón. /¿Dónde vas, Alfonso Doce, [...]»; ver <http://adigital.pntic.mec.es/~aramo/cancion/canci31.htm> (27 oct. 2009).

MARGARITA.—¿Pero no saben ustedes que estoy invitada?

(Los tres viejecitos la rodean mirándola minuciosamente, llenos de curiosidad y de susto)

SIMÓN.—¡Hola! ¿Y quién la ha invitado?

MARGARITA.—¡Me ha invitado el señor duque!

LOS TRES.—*(Asombradísimos)* ¿Qué?

MARGARITA.—¡Naturalmente! ¿Por qué se extrañan ustedes? Yo he recibido una carta del duque invitándome aquí esta noche...

SIMÓN.—*(Mirándola fijamente)* ¡Que la ha invitado el señor duque! ¿Oís?

(Un silencio. Simón cruza una fugacísima mirada con doña Adelita y silba. De pronto, Chapete se ríe y todos le miran)

CHAPETE.—¡Ca! Me parece a mí que lo que quiere esta señorita es que la llevemos con nosotros a las carreras...

SIMÓN.—*(Muy contento)* ¡Caramba! Pues con mucho gusto...

ADELITA.—*(Contentísima)* ¿De veras? Pobrecita mía. ¿Por qué no lo dijo usted antes? Pero si es lo más natural... Vamos, vamos a las carreras. ¡Chapete! Abre la portezuela del coche...

(Doña Adelita y Simón toman a Margarita cada uno de una mano y la conducen con suavidad hasta el sofá. Margarita, impresionadísima, se deja llevar. Chapete, entretanto, se coloca a un lado del sofá y hace el ademán de abrir la portezuela de un coche)

CHAPETE.—*(Protector)* Cuidado, que el estribo está muy alto...

MARGARITA.—*(Sugestionadísima, casi tropieza)* ¡Ay!

ADELITA.—*(Con mucho mimo)* ¡Ajajá!

(Han sentado a Margarita entre doña Adelita y Simón. Delante, en el canapé, como antes, Chapete)

SIMÓN.—*(Tranquilamente)* ¿Falta mucho para llegar al Hipódromo, Chapete?⁴

4 *Hipódromo*: el viejo Hipódromo de Madrid estaba en la Castellana, a la altura de la actual plaza de san Juan de la Cruz, la Escuela de Ingenieros y Nuevos Ministerios. «El 31 de enero de 1878, aunque sin las obras totalmente terminadas, y coincidiendo con los esponsales de Alfonso XII con María de las Merce-

CHAPETE.—Ya estamos cerca. (*Azuzando*) ¡Ohé, Capitana! ¡Ohé!

MARGARITA.—(*Estremeciéndose*) Pero, ¿de verdad creen ustedes que vamos a las carreras?

ADELITA.—(*Muy ufana*) ¡Huy! Claro que sí, hijita. Nosotros vamos todas las tardes...

SIMÓN.—Es que somos muy aficionados...

(*Chapete, muy contento, agita las «riendas», sacude el látigo y rompe a cantar*)

CHAPETE.— Quisiera ser tan alto
como la luna...

ADELITA y SIMÓN.—(*Cantando*) ¡Ay, ay!

ADELITA.—(*Muy fina*) Cante con nosotros, hija mía. Cante con toda confianza...

MARGARITA.—(*Cada vez más asustada*) Sí, señora; yo hago todo lo que ustedes quieran...

TODOS.—(*Cantando*)

Quisiera ser tan alto
como la luna...
-¡ay, ay!-,
como la luna.
Para ver los soldados
de Cataluña
-¡ay, ay!-,
de Cataluña...⁵

des de Orleáns y Borbón se inaugura el Hipódromo de La Castellana. La pista tenía una cuerda de 1.400 metros [...] En enero de 1933 se produce una orden de caducidad de la concesión para utilizar los terrenos del hipódromo de La Castellana, ya que estaba situado en una de las vías de expansión de Madrid y en esos terrenos se había proyectado construir los Nuevos Ministerios [...] En la memoria de los viejos aficionados han quedado nombres para el recuerdo de grandes caballos que se batieron en las pistas del hipódromo de La Castellana como Colindres, Nouvel An o Atlántida así como de grandes «jockeys» como George Archibald, Carlos Belmonte, Leforestier, Victoriano Jiménez o Carlos Díez» (<http://www.hipodromodelazarzuela.es/WebPortal/HZ/Paginas/Historia/HistoriaHipodromo.page> martes, 27 octubre 2009). El nuevo Hipódromo de La Zarzuela, ubicado en terrenos del monte del Pardo, se completó en mayo de 1941. El proyecto, inspirado en el Hipódromo de San Siro de Milán, era de los arquitectos Arniches y Domínguez y el ingeniero Eduardo Torroja (primera tribuna volada sin columnas en España, Premio Nacional de Arquitectura, y Monumento Histórico Artístico). El presupuesto fue de tres millones de pesetas.

5 *Quisiera ser tan alto*: Otra canción infantil, que sigue así: «De Cataluña vengo de servir al Rey, ay, ay / De servir al Rey, de servir al Rey / Con licencia absoluta de mi Coronel, ay, ay / de mi Coronel, de mi Coronel. / Al pasar por el puente de Santa Clara, ay, ay / De Santa Clara, de Santa Clara / Se me cayó el

(Cantan, felicísimos. Margarita los secunda, casi sin voz. Los viejecitos ríen, aplauden y están encantados. Y, súbitamente, Chapete pega un grito de alborozo)

CHAPETE.—¡Alto!...

SIMÓN.—*(Feliz)* ¡Hemos llegado!

ADELITA.—*(Triunfal)* ¡El Hipódromo!

MARGARITA.—¡Oh!

(Los tres ancianos se levantan y, muy seriamente, ejecutan los movimientos que corresponden a los ocupantes de un coche que se detiene. Chapete, servicial, hace un gesto de abrir la portezuela, con la chistera en la mano. Doña Adelita mira en torno, muy complacida)

ADELITA.—¡Qué hermosa tarde! ¡Cuánta animación!

SIMÓN.—*(Experto)* Se nota, se nota que va a venir la Reina...

MARGARITA.—¡Ay! *(Con un escalofrío)* ¿Está usted seguro?

SIMÓN.—¡Oh! Segurísimo.

ADELITA.—*(Mundana)* ¡Claro! Hoy se corre el Gran Premio de Su Majestad, y doña María Cristina no puede faltar.⁶ *(Tuerce el gesto)* Por supuesto, tampoco faltan las cursis de siempre. *(Señalando a un rincón, donde, naturalmente, no hay nadie)* Mírelas usted ahí.

MARGARITA.—*(Estupefacta)* ¿Dónde?

ADELITA.—Ahí. Son las de Mendoza... ¿Qué le parecen?

MARGARITA.—Pues... verá usted. Como las acabo de conocer...

ADELITA.—¡Oh! *(Confidencial)* Si serán tontas, que en su casa, delante de los criados, hablan en francés.

MARGARITA.—¡Oh! ¿Es posible?

ADELITA.—Sí, sí. *(Muy satisfecha)* Vamos, hijita. Escogeremos un buen sitio para presenciar la llegada de Su Majestad...

MARGARITA.—Sí, señora. Yo no me la quiero perder...

anillo dentro del agua, ay, ay / Dentro del agua, dentro del agua. / Al sacar el anillo saqué un tesoro, ay, ay / Saqué un tesoro, saque un tesoro/ una Virgen de plata / Y un Cristo de oro, y un Cristo de oro».

6 El primer Gran Premio de Madrid se disputó en 1881, para caballos de tres años sobre una distancia de 2.500 metros. Esta carrera tenía las condiciones de la que luego sería el Gran Premio Nacional y, más tarde, la Copa de Su Majestad el Rey.

(Se llevan a Margarita, dulcemente, entre Simón y doña Adelita. Detrás, a respetuosa distancia, muy tieso, marcha Chapete. Salen los cuatro. Durante un segundo queda la escena sola. Y enseguida surge de nuevo Pedro. Ahora lleva dos espléndidos globos, uno rojo y otro azul. Se dirige, muy malhumorado, al sofá y ata el hilo de cada uno de los globos a cada uno de los brazos del sofá. Los globos quedan flotando en el aire y el efecto es de una insólita gracia. Mientras realiza esta tarea, Pedro refunfuña, indignadísimo)

PEDRO.—Conque a las carreras todas las tardes, ¿eh? Y mientras, todo sin hacer. Y Pedro, dale que dale. Y así un día y otro. Y así toda la vida. ¡Ah! Pues no. ¡Se acabó! Si ellos se van al Hipódromo, yo me voy a Aranjuez.⁷ Pero de verdad. ¡Y tan ricamente! *(Muy enojado, se sienta en el lugar que antes ocupaba Chapete, toma las «riendas» y azuza con el látigo a los mismos imaginarios caballos)* ¡Ria! ¡Ria! ¡A Aranjuez!

(Aparece en el fondo Rosita. Es una muchacha que viste humildemente, pero con desenvoltura y con gracia. Tiene el rostro un poco tostado por el aire de la calle, y cuando habla hay en sus palabras un gozoso acento popular. Lleva un paquetito de ropa)

ROSITA.—*(Silbando)* ¡Huy! *(Contemplando al anciano con los ojos muy abiertos)* Si ya me figuraba yo que en esta casa tenían que ser así... Un poco chiflados...

PEDRO.—*(Aterrado, descompuesto)* ¿Quién es usted? ¿Por dónde ha entrado? ¿Qué busca usted en Las Colinas?

ROSITA.—*(Sorprendida)* Pero, hombre... ¿No sabe que me ha invitado el señor duque?

PEDRO.—*(Casi sin voz)* ¿Que la ha invitado el señor duque? ¡No! Eso no puede ser. ¿Es que está usted loca?

ROSITA.—¡Oiga!

PEDRO.—*(Despavorido)* ¡Adelita! ¡Simón! ¿Dónde estáis? Oye, Adelita...

(Y, limpiándose el sudor, sale todo lo aprisa que le permiten sus débiles piernas. Rosita le ve alejarse absolutamente confundida, y hace ademán de marchar tras él)

⁷ Aranjuez era también lugar aristocrático por encontrarse allí el Palacio Real de Aranjuez, entre los ríos Tajo y Jarama; lo inició Felipe II y no se terminó hasta Carlos III. Destacan en particular sus jardines.

ROSITA.—¡Anda! Pero, ¿por qué se asusta tanto este señor? ¡Oiga!

VOZ DE MUJER.—(Dentro) ¡Buenas tardes! ¿Es que no vive nadie en esta casa?

ROSITA.—¡Ay!

(Rosita se vuelve con presteza, al mismo tiempo que en el umbral de la embocadura del fondo aparece Isabel. Muy risueña, muy emocionada, muy aturdida. Es una mujer elegante, graciosa, deliciosamente bien vestida)

ISABEL.—¡Ay! Oye, tú... ¿Cómo te llamas?

ROSITA.—Rosita, para servirla.

ISABEL.—Entonces, Rosita, ¿quieres ayudarme a traer mi equipaje?

ROSITA.—Sí, señorita. *(Encantada)* Con muchísimo gusto...

(Salen las dos por el foro. Vuelven al poco tiempo. Rosita trae una maleta, que pesa muchísimo. Isabel, un neceser y una enorme sombrerera. Rosita contempla a Isabel con mucha admiración)

ISABEL.—¡Dichoso equipaje! Y eso que no traigo más que lo imprescindible para una noche: cuatro cositas... Nada. *(Se despoja del sombrero y de los guantes, sin dejar de hablar)* ¡Ay! Estoy rendida... Y, como puedes figurarte, tengo los nervios de punta. *(Sonríe y se ruboriza)* Te advierto que yo soy una fantástica, y ya me he imaginado al duque de tres o cuatro maneras distintas. A veces me lo figuro joven, montando a caballo, con traje de jugar al polo, que es como se retratan siempre los duques, aunque no jueguen al polo... Y otras veces pienso que el duque me llama porque, en el fondo, no es más que un pobre solitario, que sufre mucho y me necesita. ¡Ay! Así me gustan a mí... Con los hombres que sufren se pasa muy bien. *(Transición)* Oye. ¿Cómo es de verdad el señor duque?

ROSITA.—*(Sorprendidísima)* ¡Anda! Pero si lo mismo, lo mismo, le iba yo a preguntar a la señorita...

ISABEL.—¿Cómo? ¿Es que tú no eres de la casa?

ROSITA.—No, señorita. Yo acabo de llegar. *(Con alguna importancia)* Yo estoy invitada...

ISABEL.—*(Indignadísima)* ¡Quia! Eso sí que no...

ROSITA.—Pero, señorita...

ISABEL.—¡La que está invitada soy yo! Y no puedo creer que el señor duque invite al mismo tiempo a una chica como tú y a una señorita como yo...

ROSITA.—(*Rabiosísima, casi con lágrimas*) Pues le advierto a la señorita, por muy señorita que sea, que si estoy aquí es porque una servidora ha recibido una carta del señor duque...

ISABEL.—(*Un grito agudísimo*) ¿Qué? ¿Tú también?

ROSITA.—(*Muy asustada*) ¡Ay! ¿Es que la señorita ha recibido otra carta?

ISABEL.—¡Sí! ¡Y qué carta!

(Entra Margarita. Viene muy enfadada, quitándose los guantes a tirones)

MARGARITA.—¡Ea, se acabó! La hija de mi madre no aguanta más... (*Con mucha energía*) Ni voy en coche, ni voy al Hipódromo, ni apuesto por el caballo del duque de Alba. He dicho que no, y no...

ROSITA.—¡Ay!

ISABEL.—(*Tímidamente*) Buenas tardes. ¿Le sucede a usted algo?

MARGARITA.—(*Mirando a las dos, sin gran interés*) A mí, todavía, no. Pero esos cuatro viejecitos, itururú!

ISABEL.—¿De quién está usted hablando?

MARGARITA.—¿No los conocen? ¡Ay, pues no se los pierdan! Están ahí, en el jardín.

(Isabel y Rosita corren y se asoman al gran ventanal del fondo. Se quedan inmóviles por el asombro)

ROSITA.—¡Ay!

ISABEL.—(*Atónita*) ¡Están jugando al corro!

MARGARITA.—Ya, ya. Pero, pásmense ustedes: ¡están jugando al corro con la reina Cristina!⁸

ISABEL.—(*Estupefacta*) ¡Con la reina Cristina! ¿Qué dice usted?

MARGARITA.—Sí, señora. No respetan nada. La viejecita de la sombrilla le está diciendo a Canalejas que todo menos perder Las Colonias...⁹

8 *Reina Cristina*: María Cristina de Habsburgo-Lorena (o Austria; 1858-1929), segunda esposa de Alfonso XII, y Regente de España a la muerte del rey en 1885 y la mayoría de edad de su hijo Alfonso XIII, en 1902.

9 *Canalejas*: José Canalejas (1854-1912), político liberal muy importante, que murió asesinado por un anarquista. En 1897 viajó a Cuba para tener información de primera mano sobre el problema de la isla. Tanto se interesó que se alistó como voluntario y vistió el traje de rayadillo; a sus 43 años, y después de haber sido ministro, luchó como soldado y obtuvo la Cruz del Mérito Militar. Al volver a España, presentó sus impresiones a Sagasta, que no hizo el menor caso a sus recomendaciones (más detalles en Wikipedia 27 oct. 2009).

ISABEL.—¿Dónde está Canalejas?

MARGARITA.—Ahí. Al lado de la Reina... Es un señor muy fino.

ISABEL.—¡Oh!

MARGARITA.—Si estarán chiflados, que se empeñan en que este sofá es un landó de seis caballos, iy se dan cada paseol!...

ROSITA.—¡Ah, vamos! Por eso el pobrecito de las patillas se quería ir a Aranjuez...

ISABEL.—(*Miedosísima*) Pero, ¿dónde estamos?

MARGARITA.—¡En Ávila! En la finca de Las Colinas, a dos kilómetros de la estación... Eso es todo lo que sé.

ISABEL.—¿Qué casa es esta?

MARGARITA.—¡No lo sé! Pero estoy deseando echarme a la cara al señor duque, para decirle cuatro frescas, y muy frescas.

ISABEL.—(*Molestísima*) ¡Ah! ¿Sí? ¿Y se puede saber con qué derecho va usted a decirle cuatro frescas al señor duque?

ROSITA.—(*Con desparpajo*) Eso digo yo. ¿Quién es esta señora?

(Margarita, con muchísima desenvoltura, se encara con las dos, mirándolas de arriba abajo)

MARGARITA.—¡Ay, qué ricas! Pero, ¿es que ustedes no saben que yo he recibido una carta del señor duque, invitándome a venir aquí esta noche?

ROSITA.—¡Otra!

ISABEL.—¡Ca! Esa carta la he recibido yo...

ROSITA.—(*Muy nerviosa*) ¡Y yo! ¡Y yo también!

MARGARITA.—¿Eh?

ISABEL.—Bueno. Pero en todo esto debe haber un error. Sí, aquí hay un error, estoy segura. (*Sencillamente*) Porque, naturalmente, no es posible que un hombre se enamore de tres mujeres a la vez...

MARGARITA.—¡Ah! ¿Luego usted cree que el duque se ha enamorado de usted?

ISABEL.—(*Sonríe, se ruboriza*) Lo sospecho. Yo no lo conozco; pero él a mí, sí. ¿Comprende? Esta invitación misteriosa no puede tener otro motivo que el amor...

ROSITA.—Entonces, ¿por qué me invita a mí también?

ISABEL.—(*Irritadísima*) ¿Te quieres callar?

ROSITA.—(*Casi llorando*) ¡Ay! Pero, ¿es que una no tiene derecho a hablar? ¿Quieren ustedes que lea mi carta?

ISABEL.—(*Con ímpetu*) ¡No! ¡Tú, te callas!

ROSITA.—¡Y dale!

ISABEL.—Voy a leer yo la mía. (*Sonríe, con misterioso aire de triunfo*) Eso será bastante. Es una carta maravillosa. Escuchen. La recibí ayer... (*Desdobla su carta y lee, lentamente, con cierto recreo. Margarita y Rosita han secundado su acción extrayendo rápidamente de su bolsillo o bolso respectivo un plieguecito de idéntica dimensión y color*) «Venga usted mañana a mi finca de Las Colinas. Se lo ruego. Allí le prometo que vivirá usted la noche más extraordinaria de su vida...»

(*Margarita y Rosita, que han seguido la lectura de la carta, leyendo al mismo tiempo en la suya propia, con un movimiento de labios, se estremecen. Rosita lanza un chillido tremendo*)

ROSITA.—¡Ayyy!...

ISABEL.—(*Con sobresalto*) ¿Qué ocurre?

ROSITA.—(*Agitadísima*) ¡Que mi carta es igual!

MARGARITA.—¡Y la mía!

ISABEL.—¿Cómo? (*Consternada*) No, no puede ser. Fíjense ustedes bien... (*Vuelve a leer, emocionadísima*) «Si usted tiene imaginación, si cree usted en la aventura de una noche, puede encontrar la felicidad; no falte. En la vida todo es un puro azar. Pero el azar que va prendido al tiempo no se repite jamás. No rechace usted el azar que se le ofrece esta noche...»

(*Rosita y Margarita, que están nerviosísimas, a ambos lados de Isabel, agitando sus cartas respectivas, interrumpen casi al mismo tiempo*)

MARGARITA.—¡Al pie de la letra!

ROSITA.—¡Lo mismo!

ISABEL.—(*Con infinito desconsuelo*) ¡Dios mío! ¿Esto es posible?

ROSITA.—(*Con aire de triunfo*) Mi carta tiene una posdata.

MARGARITA.—¡Y la mía!

ISABEL.—¡Y la mía! (*Con dignísimo coraje*) ¿Qué se han creído ustedes? (*Torna a leer, con la voz temblorosa por la indignación*) «Instrucciones para llegar a Las Colinas». ¿Es eso?

MARGARITA y ROSITA.—¡Sí!

ISABEL.—(*Leyendo, dolorosamente*) «A dos kilómetros de la estación de Ávila, por la carretera, hallará usted un estrecho camino en un bosque de álamos... ¡Sígalo! Rodeada de árboles, encontrará una vieja casa, que en tiempos fue palacio, con la tapia del jardín casi derruida. El jardín está seco desde hace

muchos años y la casa parece deshabitada. Pero no tema. Entre... No hay fantasmas». *(Deja de leer y mira a las otras, con lágrimas en los ojos)* ¿Dice así?

MARGARITA.—¡Sí! ¡Hasta lo de los fantasmas!

ROSITA.—¿Será pitorreo?

ISABEL.—¡Pobre de mí! Creí que había recibido una carta maravillosa y resulta que he recibido una circular...

MARGARITA.—Yo también me había hecho ilusiones, la verdad.

ROSITA.—*(A punto de llorar)* ¡Qué plancha! ¡Y para esto he cogido yo el tren de Ávila!...

ISABEL.—¡Una carta igual para las tres! *(Con rabia)* ¿Quién es este caballero, que se cree capaz de hacer la felicidad de tres mujeres?

ROSITA.—*(Escéptica)* Los hay que se hacen unas ilusiones...

ISABEL.—¿Es que tres mujeres juntas pueden ser felices?

ROSITA.—¡Quia!

MARGARITA.—¡De ninguna manera! La felicidad en masa no tiene interés... Además, siento muchísimo decirlo, pero ninguna de ustedes me ha sido simpática.

ISABEL.—Lo creo. A mí me están ustedes fastidiando desde que las he visto.

ROSITA.—¡Pues anda, que si una hablara!...

ISABEL.—*(En el colmo de la indignación)* ¡O se calla esa mosca, o la doy un sopapo!

ROSITA.—*(Un brinco)* ¡Ay! Pero, ¿por qué me ha tomado usted esa manía?

(Las tres mujeres se miran durante un segundo con una indudable intención agresiva. Por la izquierda irrumpe el grupo que forman los cuatro asustadísimos ancianos. Doña Adelita trae, como siempre, la sombrilla abierta. Pedro, su globo. Los cuatro se quedan atónitos cerca de la puerta, muy juntos entre sí. Miran con enorme estupor a las tres mujeres, que, insensiblemente, se han agrupado y están también muy juntas, al otro lado de la escena)

ISABEL.—¡Oh!

MARGARITA.—¡Tururú! ¡Lo que faltaba!...

ROSITA.—*(Bajísimo)* ¿Querrán que juguemos con ellos?

MARGARITA.—¡Seguro!

ROSITA.—¡Pues estamos aviadas!...

(Los cuatro viejecitos, sin moverse, sin dejar de observar a las muchachas, cuchichean entre sí)

SIMÓN.—(*Admiradísimo*) ¡Ya son tres!

PEDRO.—¡Qué barbaridad!

CHAPETE.—(*Estupefacto*) Oye, Adelita. ¿Por qué ha venido hoy tanta gente?

ADELITA.—(*Con un dedo en los labios*) ¡Chiss! ¡Volvamos a las carreras! Se está mejor que aquí.

CHAPETE.—Vamos, vamos. ¡A las carreras!

(Doña Adelita, Simón, Pedro y Chapete, sin dejar de mirar a las tres desconocidas, salen, muy recelosamente, con sus pasitos menudos. Isabel, Margarita y Rosita, al quedarse solas de nuevo, se miran entre sí, con espanto)

MARGARITA.—Me parece que en esta casa lo único que se puede hacer es ir a las carreras...

ISABEL.—¡Dios mío! ¿Será el duque uno de esos viejecitos?

MARGARITA.—¡No!

ROSITA.—¡No! ¡No diga usted eso! Yo aún tengo esperanzas...

MARGARITA.—¡Y yo!

ISABEL.—No, claro, no puede ser. Entonces, ¿quién es esta gente?

ROSITA.—No lo sé. Pero para mí que están muy asustados.

ISABEL.—¡Tengo una idea!

MARGARITA.—¿De veras?

ISABEL.—(*Pensativa*) ¡Sí! Resulta que ninguna de nosotras tres conoce al duque.

MARGARITA.—¡Claro!

ISABEL.—Y, sin embargo, las tres hemos recibido una carta suya. La misma. Una carta sorprendente, en la que nos invita esta noche a esta casa y en la que se nos habla nada menos que de la felicidad y del amor. (*Mirándolas intensamente*) ¿Por qué hemos recibido esta carta nosotras tres, que ni siquiera nos conocíamos?

MARGARITA.—(*Suspensa*) ¿Qué quiere usted decir?

ISABEL.—¿Quiénes somos nosotras?

ROSITA.—¡Ay, Dios mío!

ISABEL.—Sí, sí. ¿Qué hay entre nosotras tres que nos une sin saberlo nosotras mismas? ¿Quiénes somos nosotras? ¿Por qué no hablamos?

ROSITA.—(*Con ímpetu*) Pero, señorita, si yo estoy deseando hablar; si es que usted no deja... Yo soy Rosita, la florista. Me conoce todo el mundo. Todas las mañanas estoy en la Gran Vía o en la calle de Alcalá con mi cestita de claveles y de nardos recién cortados. (*Con legítimo, pero un poco excesivo orgullo*) ¡Bien peinada y más limpia que los chorros del oro!

ISABEL.—(*Con un escalofrío*) ¡Ay! Esta chica es una alhaja...

ROSITA.—Por la noche, voy a la entrada de algún «cabaret», de esos que van mucho las señoras con los amigos de sus maridos; porque ahora ya se sabe que los «cabarets» son muy decentes... Y también me quedo a la puerta de la Gran Peña.¹⁰ Y no es porque yo lo diga, pero a los señores de la Gran Peña los tengo chifladitos. ¡Huy, Dios, si una quisiera! Hay un caballero que me quiere poner un piso. Es el más barbián.

ISABEL.—(*Indignada*) ¡Será un fresco!

ROSITA.—Muchísimo, señorita. Pero es muy «salao»... Claro que una, como si no. Honrada y muy honrada.

MARGARITA.—Estas mujeres que se pasan la vida diciendo que son honradas, me ponen nerviosísima...

ISABEL.—¡Se comprende!

MARGARITA.—¿Qué ha querido decir usted?

ISABEL.—(*Humildemente*) No, nada. (*Sonríe, con mucha timidez*) Oiga. ¿Y usted también va a los «cabarets» de noche?

MARGARITA.—(*Con elegantísimo desdén*) Si me invita un amigo, ¿por qué no?

ISABEL.—(*Con alguna alarma*) ¿Tiene usted muchos amigos?

MARGARITA.—(*Fuma*) Bastantes. Esta temporada gusto mucho...

ISABEL.—(*Nostálgica*) ¡Qué suerte!

MARGARITA.—Soy maniquí. Modelo de «Chez-Madeline»... Me llamo Margarita. Pero mi nombre de guerra es «mademoiselle Ivette».

ISABEL.—(*Aterrada*) ¿Tiene usted nombre de guerra?

MARGARITA.—Sí, mujer. Conviene... Da mucho crédito.

ISABEL.—¿De veras?

MARGARITA.—¿Quieren ustedes saber algo más de mí? Pues me gusta todo lo que es lujo. Los automóviles, las pieles, la cena en un buen restaurante, beber champán de vez en vez. Todo eso. ¡Ah! Me olvidada. Esto es lo más importante. (*Un levísimo silencio*) Odio a los hombres con toda mi alma.

ISABEL.—(*Muy bajo*) ¿A todos?

MARGARITA.—¡Sí! (*Otro silencio*) Tengo una hija.

ROSITA.—¡Una hija!

ISABEL.—¿Una niña?

¹⁰ *Gran Peña*: la Sociedad Gran Peña es un club privado al que ha pertenecido lo más granado de la aristocracia española y de la cúpula militar; también contó entre sus socios, por ejemplo, al líder derechista José Calvo Sotelo, al que se recuerda, junto al resto de los socios «muertos por España» en una gran bajorelieve que preside la escalera central del edificio, terminado en 1916 en el número 2 de la Gran Vía. El 28 de junio de 2007, sin ir más lejos, se celebró allí un homenaje al profesor Juan Velarde Fuentes.

MARGARITA.—Sí... Una niña de dos años.

ISABEL.—(*Con mucho susto*) ¿Es usted soltera?

MARGARITA.—(*Orgullosísima*) ¡Naturalmente! ¿Es que no se me nota?

ISABEL.—¡Huy! Ya lo creo. Muchísimo...

MARGARITA.—Ayer, cuando recibí la carta del duque, ya pueden ustedes figurarse qué impresión me hizo. Se la leí a las chicas de «Madelaine», y todas me animaron a venir. La misma Madelaine me ha prestado un traje de noche, que traigo en esa maleta. Y aquí me tienen ustedes, en Ávila. (*Tira el cigarrillo*) Pero yo no quiero engañar a nadie. Yo no he acudido a esta invitación misteriosa por romanticismo. Si estoy aquí es porque me parece que el duque puede ser un buen caballo blanco...

ISABEL.—(*Suspensa*) ¿Un caballo blanco?¹¹

MARGARITA.—¡Sí! Ya me entienden. Este duque debe ser uno de tantos viejos caprichosos. Lo que se dice un buen caballo blanco... (*Se calla. Bruscamente*) Bueno, me parece que nosotras tres no nos parecemos en nada. ¡Vamos, hable usted ahora!

ISABEL.—(*Sonrojada*) ¿Yo? Pero si yo no tengo nada que decir... Yo no soy como Rosita, una muchacha a la que conoce todo el mundo. Tampoco soy como usted, una mujer que va con sus amigos a los «cabarets». ¿Quién soy yo? Nadie. Figúrense ustedes: una mujer que ni siquiera tiene nombre de guerra...

MARGARITA.—Mujer...

ISABEL.—(*Suspira*) Y no crean ustedes, que bien me gustaría pasar la mañana como Rosita, en una esquina de la calle de Alcalá, oyendo piropos y poniendo una flor en el ojal de los hombres que yo quisiera. Y bailar por la noche, como usted, en un «cabaret» bonito, a media luz, llevando uno de esos vestidos de «Madelaine»... Todo eso sería maravilloso. Pero no es para mí. (*Con muchísimo desconsuelo*) A mí me sucede todo lo contrario que a usted... Yo no gusto.

MARGARITA.—(*Estupefacta*) ¿Qué está usted diciendo?

ISABEL.—(*Suspira*) Es la verdad... Ya sé que no soy fea.

ROSITA.—(*Generosísima*) ¡Ni muchísimo menos!

ISABEL.—¡Gracias! Pero es inútil. No gusto.

MARGARITA.—(*Riendo*) ¡Oh!

ROSITA.—¡Señorita!...

¹¹ *Caballo blanco*: un hombre rico que la mantenga en un alto nivel de vida o, según Zatlin (49), «persona que aporta el dinero para una empresa dudosa».

ISABEL.—A veces, cuando me quedo mirando a los ojos de un hombre, me digo a mí misma: «¡Dios mío! ¡Si él supiera que yo pondría toda mi alma para hacerle feliz!...». Pero no sirve. Está visto que los hombres son muy despistados y no se enteran nunca de lo que les conviene. ¡Hay que ver las ocasiones que se pierden!

MARGARITA.—(*Sonriendo*) ¿No se ha enamorado usted todavía?

ISABEL.—¡Oh! Muchísimas veces. Yo me enamoro enseguida. Ya ve usted: ayer recibí la carta del duque, y cuando bajé del tren en la estación de Ávila, ya estaba enamorada de él. (*Avergonzada*) Y todavía no le conozco. (*Ríen Margarita y Rosita*) Pero ya sé que eso no es el amor. El verdadero amor comienza en el primer beso.

MARGARITA.—(*Muy curiosa*) ¿No la han besado a usted nunca?

ISABEL.—(*Con melancolía*) Nunca...

ROSITA.—¿Es de veras? (*Sinceramente*) ¡Pobre señorita!

MARGARITA.—(*Incrédula*) ¡No me diga!

ISABEL.—(*Ruborizada*) Me da muchísima vergüenza decirlo; ya sé que está mal visto, pero la verdad es que no me han besado nunca... Una vez estuve en peligro; eso sí. Se había hecho de noche, empezó a llover y me refugié en un portal. De pronto, en la oscuridad, apareció un fresco que me quiso besar... Y yo...

MARGARITA.—¿Qué?

ISABEL.—¡Yo le di una bofetada!

MARGARITA.—(*Ríe*) ¡Oh!

ROSITA.—(*Indignada*) Pero, señorita, la bofetada se da después...

ISABEL.—Ya, ya. Eso pensé yo luego. Pero cuando me di cuenta ya no tenía remedio, y el pobre muchacho escapó corriendo. Se asustó mucho. (*Ríen Margarita y Rosita*) Ya sé que la culpa de todo lo que me ocurre es mía, porque soy demasiado soñadora. Para eso tengo a José Luis. Todas las noches le escribo una carta muy larga.

MARGARITA.—(*Con curiosidad*) ¿Quién es José Luis?

ISABEL.—Nadie. No existe... Es un enamorado mío que me he inventado yo para escribirle a diario las cartas que le escribiría a un hombre que estuviese enamorado de mí. ¿Comprenden ustedes?

ROSITA.—¡Toma!

MARGARITA.—¡Qué barbaridad! ¿Y echa usted las cartas al correo?...

ISABEL.—¡Claro! Y me cuesta carísimo, porque José Luis siempre está viajando. El año pasado le escribía a Buenos Aires, Rincón, 145; en la primavera, a Londres, y en verano, a París. Vive en Montmartre, porque es un bohemio... Ahora ya no sé dónde está. Para mí que ha caído detrás del Telón de Acero.

Locuras que hacen los hombres... (*Margarita y Rosita ríen alegremente. Isabel, risueña, se ruboriza un poco*) A mi manera, soy, a veces, muy feliz... Yo creo que la felicidad es como una gran fiesta, que tiene una víspera muy larga. Tan larga, tan larga es la víspera, que la felicidad llega demasiado tarde. Por eso, la única felicidad está en la víspera. Así vivo, soñando en la víspera de la felicidad. Y cuando cierro los ojos soy feliz...

MARGARITA.—(*Suave*) ¿Por qué ha venido usted aquí esta noche?...

ISABEL.—Porque usted no sabe lo que significa en la vida de una mujer vulgar, como yo, una llamada a lo extraordinario. Porque esto era la aventura... Porque creí que el duque se había enamorado de mí. Por todo eso. ¿No cree usted que son bastantes razones?

(*Transición*)

Naturalmente, como venía tan ilusionada, me ha molestado muchísimo encontrarme con ustedes aquí... (*Amablemente*) Rosita, ¿me perdonas por lo mal que te he tratado?

ROSITA.—(*Muy cumplida*) ¡Por Dios, señorita, es usted muy dueña!

ISABEL.—No me digas señorita. Y llámame de tú.

ROSITA.—No sé si me atreva.

ISABEL.—Atrévete, atrévete. Y dame un beso.

ROSITA.—(*Besándola, radiante*) ¡Sí, señorita!

ISABEL.—Claro que, eso sí, yo he venido preparada. Por si el duque era un sinvergüenza, de esos que enseguida se proponen, miren ustedes lo que he traído...

(*Abre su bolso y extrae del interior un antiquísimo revólver. Margarita y Rosita retroceden, empavorecidas*)

MARGARITA.—¡Ay!

ROSITA.—¡Guarde usted eso!

ISABEL.—(*Casi llorando*) ¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy! Mire usted que venir a Ávila para contarles a ustedes todo esto.

ROSITA.—(*Muy apurada, ya casi con lágrimas*) ¡No llore usted, señorita, que a mí se me saltan las lágrimas enseguida.

MARGARITA.—No llores, Isabel. Los hombres, cuando de verdad hacen llorar es después...

ISABEL.—(*Tiernamente agradecida*) ¡Qué buena eres tú también, Margarita! (*Cariñosísima*) ¿Cómo se llama la niña?

MARGARITA.—¡Mari Luz!

ISABEL.—¿Y su padre?

MARGARITA.—(*Muy rabiosa, con lágrimas*) ¡No me nombres a su padre!

(En este momento las tres tienen el pañuelo en los ojos para secarse las lágrimas)

ISABEL.—¡Ay! Perdóname. No sé lo que digo.

(Transición)

Bueno. ¿Os dais cuenta de que todavía no conocemos al duque y ya nos ha hecho llorar a las tres?

(Surgen en escena, para cruzar desde una puerta de la izquierda hasta la embocadura del fondo, Pedro y Simón, que van discutiendo, con gestos muy agitados. Las tres muchachas, juntas, retroceden hasta el primer término de la derecha, y desde allí contemplan la escena con el natural estupor)

SIMÓN.—¡Ya estoy harto!

PEDRO.—¡Simón!

SIMÓN.—Te lo vengo diciendo desde hace muchísimos años, Pedro: «Pedro, cierra la puerta del jardín, que un día se nos meterá en la casa cualquier extraño». Y mira: hoy ya se han metido tres.

PEDRO.—(*Un poco avergonzado*) Yo no tengo la culpa... Ya sabéis que la cerradura se estropeó el año veintinueve. Y lo hemos ido dejando de un día para otro...

SIMÓN.—(*Indignadísimo*) ¡El año veintinueve! ¡El año veintinueve! Siempre estás contando los años que pasan, como si eso sirviera para algo. ¡Tonterías! A ti lo que te pasa es que te estás volviendo viejo... ¡Te pasas el día pensando en tus dichosos globos!

PEDRO.—(*Furioso*) ¡Simón! ¿Qué tienes que decir de mis globos, eh?

SIMÓN.—(*Elevando los ojos al cielo*) ¡Y que tenga que aguantar esto un caballero como yo! ¡Todo un caballero!

(Salen los dos discutiendo por el fondo. Las tres mujeres se miran entre sí, muy asustadas, y apenas cuchichean)

ISABEL.—¿Nos habremos equivocado de casa?

MARGARITA.—¡Calla! Mirad...

(Han entrado por el fondo, cruzando con Pedro y Simón, doña Adelita y Chapete. Van hacia la izquierda. Vienen hablando animadísimos)

CHAPETE.—*(Muy ufano)* Aquella noche en el Real hacían *Rigoletto*.¹² Yo esperaba al señor duque, al pie del coche, a la puerta del teatro. Cuando acabó la función, el señor duque salió, dando el brazo a la infanta Isabel.¹³ Su Alteza se me queda mirando, y de pronto le dijo al señor duque: «Oye, duque, ¿sabes que tu cochero es un gran mozo?».

ADELITA.—*(Con enorme admiración)* ¿Eso dijo Su Alteza?

CHAPETE.—Eso mismo.

ADELITA.—Y el señor duque, ¿qué contestó?

CHAPETE.—*(Con poquísimas modestias)* El señor duque se puso muy orgulloso. Y dijo: «Chapete, puedes dar las gracias a Su Alteza». ¡Y la infanta Isabel me dio la mano!

ADELITA.—¡Oh! En el Hipódromo lo dice todo el mundo: «¡Chapete es el mejor cochero de Madrid!».

CHAPETE.—*(Gozoso)* ¿Verdad que sí? ¡Je!

(Transición)

Oye, Adelita, ¿cuándo nos vamos a casar?

ADELITA.—*(Muy sonrojada)* ¡Chapete, no seas impaciente!

CHAPETE.—*(Mohíno)* Mujer... Nos hicimos novios el mismo día que la infanta Isabel me dio la mano. ¡En mil novecientos dos!

ADELITA.—El año pasado.

CHAPETE.—¡Claro!

ADELITA.—Después de todo, no llevamos tanto tiempo de relaciones...

¹² *Rigoletto*: ópera en tres actos, libro de Francesco Maria Piave y música de Giuseppe Verdi, basada en una obra de Victor Hugo, *Le roi s'amuse*. Se estrenó en 1851 y es todo un clásico de la ópera. *Rigoletto* es un bufón jorobado de la corte del duque de Mantua en el siglo XVI.

¹³ *Infanta Isabel*: Isabel de Borbón y Borbón, conocida como «La Chata» (1851-1931), hermana del rey Alfonso XII.

(Las tres muchachas, en un rincón se miran, aterradas, y sofocan un grito común)

LAS TRES.—¡Ay!

CHAPETE.—*(Muy enfurruñado)* ¡Te digo que me quiero casar! ¡Porras!

(Y, muy indignado, se va por la izquierda, cruzándose con Pedro, que vuelve)

PEDRO.—Oye, ¿qué le pasa a Chapete?

ADELITA.—*(Consternada)* Lo de siempre. ¡Que se quiere casar!

PEDRO.—¡Anda! Este muchacho no piensa más que en la boda. La culpa es tuya, Adelita, que tú eres muy coqueta y le tienes muy engatusado...

ADELITA.—*(Ofendidísima)* ¡Pedro! ¡No te permito que digas eso! Lo que soy es decente, y muy decente...

(Sale airadamente, con el relativo aire que puede. Pedro queda en escena, frente a las tres muchachas. Ellas están estupefactas)

ISABEL.—*(Sonriendo)* Son novios... ¡Es maravilloso!

MARGARITA.—*(Preocupadísima)* De manera que se hicieron novios en mil novecientos dos... Y eso fue el año pasado. Luego resulta que estamos ahora en el mil novecientos tres. ¡Ni más ni menos! *(Un grito)* ¡Ay!

ISABEL.—¡Margarita!

ROSITA.—¡Señorita!

MARGARITA.—¡Yo voy a romper algo! ¡Yo necesito romper algo!

PEDRO.—¡Je! Disculpenlos. Es que... no sé si se habrán ustedes dado cuenta, pero están un poco trastornados.

MARGARITA.—¿Usted cree?

PEDRO.—Sí, señorita. *(Sencillamente)* Como hace más de treinta años que no salimos de esta casa...

(Las tres muchachas, en un grito, avanzan hacia el viejo)

LAS TRES.—¿Eh?

MARGARITA.—¿Treinta años?

ROSITA.—¿Ha dicho usted treinta años?

ISABEL.—¿Treinta años entre estas paredes?

PEDRO.—¡Je! Más, más... Cerca de cuarenta. Como yo soy el único que aquí lleva la cuenta del tiempo, lo sé perfectamente. Pero lo pasamos muy bien, vaya. Doña Adelita es el ama de llaves, Simón es el mozo de comedor y Chapete es el cochero. *(Se lleva un dedo a la sien y suspira)* Es el que está peor.

ROSITA.—*(Escéptica)* ¿De verdad?

PEDRO.—Sí, señorita. El pobre Chapete está fatal.

(Transición, muy risueño)

¡Yo soy el mayordomo!

MARGARITA.—Oiga. ¿Y usted qué manías tiene?

PEDRO.—*(Casi ofendido)* Ninguna, señorita. Yo soy normal.

ROSITA.—Ya, ya se le nota.

(Pedro, mientras habla, agita dulcemente el globo)

PEDRO.—Bueno... Me gusta jugar con los globos. Pero el doctor dice que eso no tiene importancia, porque hay mucha gente que le gusta jugar con los globos. Yo los tengo de todos los colores. ¿Quieren ustedes uno?

LAS TRES.—¡No!

ISABEL.—Muchísimas gracias...

(Entra Simón con todo el apresuramiento que le permiten sus escasas fuerzas)

SIMÓN.—¡Pedro!..

PEDRO.—¿Qué quieres, Simón?

SIMÓN.—Vamos, hombre. Date prisa que se está despidiendo la infanta Isabel y pregunta por ti.

PEDRO.—*(Sobresaltado)* ¡Voy, voy! *(Muy serio y diligente)* Ustedes perdonen, pero tengo que despedir a Su Alteza...

(Sale aprisa. Simón, que se queda frente a las muchachas, se quita la chistera y hace una profunda reverencia)

SIMÓN.—¡Señoritas! ¿Permiten que me presente? Yo soy don Simón... Un caballero. Lo que se dice un verdadero caballero. Señoritas, a sus pies.

(Saluda otra vez; rendidísimo, se cala de nuevo la chistera y se va)

ROSITA.—*(Sin aliento)* ¡Están todos locos!

MARGARITA.—Todos, de remate.

(Las tres mujeres, en el centro de la escena, se agrupan entre sí como para protegerse)

ROSITA.—¡Ay, Virgen! A mí los locos me dan muchísimo miedo.

MARGARITA.—Y a mí. Creo que casi estoy arrepentida de haber venido...

ROSITA.—Y yo, y yo. ¿Por qué no nos vamos?

ISABEL.—¿Qué estás diciendo?

ROSITA.—Sí, sí. Yo no espero más. Pasaré la noche en Ávila, en un hotel. Y mañana, en el primer tren, a Madrid...

MARGARITA.—Sí. Eso será lo mejor...

ISABEL.—*(Dudando)* ¿De veras creéis que debemos irnos?

MARGARITA.—Sí, sí. Rosita tiene razón. Vámonos aprisa... Pero con cuidado, que no nos vean los viejecitos.

(Coge cada una su equipaje, y, muy juntas, de puntillas, marchan hacia el fondo. Por el lateral asoma, muy cauta y risueña, doña Adelita)

ADELITA.—¡Chiss! ¡Chiss!

(Las tres fugitivas se detienen en seco, con un susto enorme)

LAS TRES.—¡Ay!

ADELITA.—¿Adónde van, hijas mías? *(Misteriosa y alegre como una picardía)* Sus habitaciones están en el piso de arriba. ¡Las cuatro juntas!

ISABEL.—*(Muy bajo)* ¿Las cuatro? ¿Es que todavía falta otra invitada?

MARGARITA.—Seguro. Como el duque tiene esa facilidad para escribir...

ADELITA.—*(Un dedo en los labios)* ¡Chiss! ¡Silencio! La cena se servirá a las nueve. Y luego vendrán los músicos...

ISABEL.—*(Se miran)* ¡Los músicos!

ADELITA.—Claro que sí, hijita, claro que sí. Será una hermosa fiesta. El doctor pasará la noche en Ávila y llegará a Las Colinas mañana temprano. Pero ahora, chitón. *(Señalando hacia el lateral)* Ellos no deben saber que yo he

hablado con ustedes. Los pobres lo estropean todo. Ya habrán notado ustedes cómo está Pedro. *(Se toca la sien)* Una pena; tiene la casa llena de globos. Yo no sé adónde vamos a parar. Y los otros pobrecitos, no digamos. Ahora mismo los tres se creen que está con ellos la infanta Isabel.

ISABEL.—*(Con esperanza)* Y no está, ¿verdad?

ADELITA.—¡Ca! *(Sencilla)* La que está es la reina Cristina... Hoy le toca.

(Se vuelve y sale muy ligerita. Las tres muchachas se quedan de nuevo solas)

LAS TRES.—*(Espantadas)* ¡Oh!

MARGARITA.—Vámonos... ¡No puedo más!

ISABEL.—*(Suavemente)* No. Yo me quedo. *(Sonriendo)* ¿No habéis oído que nuestras habitaciones están en el piso de arriba?

ROSITA.—Pero, ¿ya no tiene usted miedo?

ISABEL.—Sí. Tengo muchísimo miedo. Pero me quedo.

MARGARITA.—¿Todavía crees que el duque está enamorado de ti?

ISABEL.—No lo sé. Pero ahora me importan ellos: esos viejecitos. ¿Quién es el señor duque? ¿Quién es ese misterioso doctor que llegará mañana? Todo esto es demasiado sugestivo... Fuera de esta casa ya sé lo que me espera. Una noche como todas... Pero aquí, esta noche, nos aguarda el azar. El duque, en su carta, tiene razón. El azar es como el tiempo. No vuelve nunca. ¿Lo recordáis?

MARGARITA.—Está bien. Nos quedaremos. Pero lo que yo quisiera saber es dónde está su excelencia, porque me va a oír... Conmigo no juega nadie, por muy aristócrata que sea. *(Y grita)* ¿Dónde está el señor duque? ¡Que salga ahora mismo!

ROSITA.—Sí, sí. Que salga. Yo no puedo más.

(Margarita y Rosita pasean de un lado a otro y llaman al duque a grandes voces)

MARGARITA.—¿Señor duque?

ROSITA.—¡Vucencia! ¿Dónde está vucencia?

(Gritan las dos a un tiempo, y el griterío es ensordecedor. En medio del escándalo, surge en el fondo un nuevo personaje: Florencio. Tiene un impresionante aspecto de joven sabio distraído. Viste con descuido, lleva el cuello del gabán subido,

se cubre con un sombrero flexible muy viejo y lleva gafas de armadura dorada. Trae en la mano una maletita, y parece que tiene muchísimo frío. Al sorprender la actitud de las tres muchachas se asusta enormemente, se lanza al centro del escenario y se interpone entre ellas para separarlas)

FLORENCIO.—¡Oh! ¡Alto, señoritas! ¿Qué ocurre? ¡Silencio! Un poco de calma. *(Ellas, al verle, se quedan mudas e inmóviles por el asombro. Él las amonesta paternalmente)* Vamos, vamos, ¿están ustedes riñendo? ¿Es que se van ustedes a pegar?

MARGARITA.—¿Y a usted qué le importa?

FLORENCIO.—*(Tímidamente)* Le diré, señorita. Es que me han dado ustedes un susto... Yo me asusto enseguida. ¡Como soy tan pacífico!...

MARGARITA.—*(Con muchísima ironía)* ¡Ah! ¿Sí? ¿Y se puede saber quién es usted?

ISABEL.—¿Para qué quieres que se presente? No hace falta. Tampoco nosotras nos conocíamos hace un ratito, y ya ves cómo vamos tomando confianza. *(Muy amable)* Pase, pase, y póngase cómodo.

FLORENCIO.—Muchas gracias, señorita. ¡Uf! Está cayendo un aguacero...

(Se sienta tranquilamente en un sillón, se sacude enérgicamente el abrigo, que, por lo visto, está muy mojado; todo ello, rodeado por las tres muchachas, que, en silencio, le observan con una gran curiosidad)

ROSITA.—*(Sin poderse contener)* ¿Es usted... de la casa?

FLORENCIO.—No, señorita. Yo acabo de llegar, y es la primera vez que entro en esta casa. Claro que mi visita es un poco especial.

MARGARITA.—¡Ah! ¿Sí?

FLORENCIO.—Sí, señorita. Todo lo que a mí me ocurre esta noche es muy raro...

ISABEL.—¿Dice usted que muy raro?

FLORENCIO.—Rarísimo. *(De pronto, misteriosamente)* ¿Estamos solos?

LAS TRES.—*(Al mismo tiempo)* ¡Sí!

FLORENCIO.—Entonces, escúchenme. Necesito que me aconsejen... *(Mira otra vez alrededor y, al fin, se decide)* Yo... ¡Yo he recibido una carta del duque!

(Las tres mujeres, muy nerviosas, lanzan un grito a un tiempo)

LAS TRES.—¡Ay!

FLORENCIO.—*(Un respingo)* ¡Caray! ¿Se han asustado ustedes?

ISABEL.—¿Dice usted que ha recibido una carta?

FLORENCIO.—Sí, señorita.

MARGARITA.—¿Una carta en la que le dice que esta noche, en esta casa, encontrará la felicidad?

FLORENCIO.—Sí, sí; eso mismo.

ROSITA.—¿Una carta con posdata?

FLORENCIO.—¡Sí!

LAS TRES.—(*Desesperadas*) ¡Oh!

ROSITA.—¡Qué horror!

ISABEL.—¡Qué espanto!

MARGARITA.—¡La cuarta habitación era para este!

FLORENCIO.—(*Muy solícito*) ¡Quieren ustedes que lea mi carta?

LAS TRES.—(*Con verdadero furor*) ¡No!

FLORENCIO.—(*Muy asustado*) ¡Demonio! ¿Por qué?

ISABEL.—¡Porque nosotras también hemos recibido esa carta!

FLORENCIO.—(*Horrorizado*) ¿Las tres?

MARGARITA.—(*Furiosa*) ¡Las tres!

FLORENCIO.—(*Abrumado*) ¡Demonio!

ROSITA.—(*Con hondísima amargura*) ¡Vamos! ¿Esto es un timo o no es un timo?

ISABEL.—¡Un hombre! ¡Un hombre!

MARGARITA.—(*Mirando a Florencio de un modo casi criminal*) Y precisamente este, ¡con esta facha!

(Florencio, solo atento a sus pensamientos, se ha vuelto a sentar lejos de ellas. Las muchachas, cuyo coraje aumenta progresivamente, van de aquí para allá)

FLORENCIO.—Demonio, demonio... ¿Qué significa este enredo? A mí se me ha prometido que en esta casa, esta noche, puedo encontrar la felicidad. Y llego aquí y me encuentro con tres mujeres. (*Enfadadísimo*) ¡Vamos, hombre! ¿Cómo voy yo a encontrar la felicidad rodeado de mujeres?

(Las tres, como movidas por un resorte, se vuelven hacia él)

ROSITA.—¡Oiga!

MARGARITA.—¡Grosero!

ISABEL.—¡Mamarracho!

FLORENCIO.—No, no, no... Esto no me gusta. Yo tengo que tomar una determinación. (*Pensativo*) ¿Qué hago yo?

MARGARITA.—(*Casi en un grito*) ¡Marcharse!

FLORENCIO.—¡Señorita! ¿Qué quiere usted decir?

MARGARITA.—Digo que va usted a salir de aquí ahora mismo... ¿Me oye? Paso porque ese... señor duque invite a tres mujeres, que ya es una broma que me fastidia muchísimo. Pero eso de que entre nosotras haya un hombre estorbando... ¡eso, ni hablar! Conque ya está usted cogiendo ese sombrero y andando.

ROSITA.—¡A la calle!

FLORENCIO.—(*Un estremecimiento*) ¿A la calle? Pero, señorita, que estamos en el campo...

MARGARITA.—¡Pues al campo!

FLORENCIO.—(*Con terror*) ¡Señoritas! ¡Que hasta Ávila hay dos kilómetros!

ROSITA.—Total, un paseíto. ¡En marcha!

FLORENCIO.—¡No! (*Resistiéndose*) ¡No, señoritas! No me iré de aquí hasta que vea al dueño de la casa. Soy un invitado. ¡Lo puedo probar!

(Margarita y Rosita, verdaderamente enfurecidas, se dirigen a Florencio de un modo amenazador. Cada una lo toma de un brazo, y, así, lo arrastran hasta la puerta del fondo. Él trata de resistirse, pero es inútil)

MARGARITA.—¡Largo!

ROSITA.—¿Quiere usted salir de una vez?

FLORENCIO.—¡Esto es un atropello! ¡Un verdadero atropello! ¡Socorro! ¡Socorro!

(Por el fondo desaparecen Margarita, Rosita y Florencio. Isabel, que, en silencio, pero muy alarmada, ha contemplado toda la escena, se dirige al ventanal del fondo y mira hacia afuera)

ISABEL.—¡Dios mío! Pobre hombre...

(Vuelven Margarita y Rosita componiendo los desarreglos que la refriega ha promovido en sus respectivas «toilettes». Y muy satisfechas)

MARGARITA.—¡Ea! Se acabó. Comprenderás que de algún modo teníamos que hacer ver al señor duque que invitar a un hombre entre nosotras nos ha parecido muy poco delicado.

ROSITA.—(*Todavía indignada*) ¡Naturalmente! ¿Qué había creído el señor duque?

ISABEL.—(*Tímidamente*) ¿No creéis que habéis sido un poco duras con ese pobre hombre?

MARGARITA.—Nada de eso. Ya te digo que es cuestión de delicadeza.

(*Transición*)

Y, ahora, perdonadme. El duque puede llamarnos de un momento a otro, y antes quiero arreglarme un poco. Además, estoy rabiando por curiosear nuestras habitaciones... ¡Bajo al momento!

(*Y sale por el fondo. Rosita avanza hacia Isabel*)

ROSITA.—¿No le importa a la señorita quedarse sola un ratito? Es que yo de la señorita Margarita no me fío nada...

ISABEL.—(*Intrigada*) ¿Qué quieres decir?

ROSITA.—(*En secreto*) Esa señorita es muy capaz de presentarse sola al señor duque, y en ese caso estamos perdidas...

ISABEL.—¿Tú crees?

ROSITA.—¡Huy! Estas... así, como la señorita Margarita, tienen muchos recursos. No les falla uno... Vamos, que no me fío. Porque lo que yo digo: ya que el señor duque nos ha invitado a las tres, ya veremos cuál de las tres se queda con el señor duque... ¿No le parece a la señorita?

ISABEL.—(*Francamente alarmada*) Pero, Rosita..., ¿qué esperas tú del señor duque?

ROSITA.—(*Sonriendo*) ¿Yo? (*Gozosamente*) Si supiera usted... Yo lo espero todo, señorita. ¡Todo! Otra vida.

(*Transición. Escapa hacia el fondo. De pronto, se detiene*)

Bueno; supongo que si, entretanto, aparece el señor duque, me llamará la señorita...

ISABEL.—Vete tranquila. Desde ahora, entre nosotras, ¡juego limpio!

ROSITA.—¡Qué simpática es la señorita!

(*Y escapa corriendo, muy contenta, por el fondo. Isabel la ve salir y se queda un momento pensativa. Luego se dirige a una puerta de la izquierda y curioseas entre los cortinajes. Cruza a la derecha y repite el mismo juego. Y en el fondo asoma, cauteloso y con muchas precauciones, Florencio*)

FLORENCIO.—¡Chiss, chiss!...

ISABEL.—¡Ay! (*Sorprendida*) ¿Usted otra vez?

FLORENCIO.—Sí, señorita. Lluve de un modo atroz y se está haciendo de noche. Si intento llegar hasta Ávila en estas condiciones, me moriré en medio del bosque... Estoy segurísimo. Por favor, señorita, ¿puedo esperar aquí un ratito?

ISABEL.—Claro que sí... Pobre hombre. ¡Dios mío! ¡Qué mojado está!

FLORENCIO.—Muchas gracias. Es usted muy buena.

(*Transición, aterrado*)

¿Cree usted que volverán pronto las otras señoritas?

ISABEL.—(*Ríe*) No tema. Entre...

FLORENCIO.—(*Se estremece y estornuda*) ¡Atchiss!

ISABEL.—¿Se siente usted mal?

FLORENCIO.—No; no es nada. ¡Atchiss! Es que como me he mojado tanto, tengo muchísimo frío. ¡Hum! Yo me acatarro enseguida. ¡Atchiss!

ISABEL.—¡Pobrecillo! Venga; acérquese aquí, que estará más resguardado... Siéntese.

FLORENCIO.—¡Gracias!

ISABEL.—(*Rápidamente*) ¡No! En el coche no. Aquí.

FLORENCIO.—(*Estupefacto*) ¿Eh? ¿Dónde dice usted que hay un coche?

ISABEL.—Aquí. (*Muy natural*) Es un landó. Un poco anticuado, pero vale...

FLORENCIO.—(*Mirándola, asustadísimo*) ¡Señorita!

ISABEL.—(*Cariñosa*) Vamos. ¿Se siente usted mejor? Me gustaría pedir algo caliente para usted, pero ellos no están ahora para estas pequeñeces...

FLORENCIO.—¿Quiénes son ellos?

ISABEL.—Los criados del duque. Como hace tan buena tarde, se han ido a dar un paseo al Hipódromo, que está cerca...

FLORENCIO.—(*Casi de un salto*) ¡Señorita!

ISABEL.—¡Ay! ¿Se ha asustado usted?

FLORENCIO.—(*Atónito*) ¡Dice usted que hace buena tarde y está cayendo un diluvio!... ¡Dice usted que el Hipódromo está cerca y estamos en Ávila! (*Con terror*) ¿Y de veras cree usted que ahí hay un landó?

ISABEL.—¡Naturalmente! Con seis caballos...

FLORENCIO.—¿Con seis caballos? (*Asustadísimo*) ¡Señorita! ¡Buenas tardes!

(*Y, muy apresurado, recoge su sombrero, su abrigo y su maletita y marcha hacia el fondo*)

ISABEL.—Pero, hombre... ¿Adónde va usted?

FLORENCIO.—¡A la estación!

ISABEL.—¿Ya no le asusta la lluvia en el bosque?

FLORENCIO.—Una barbaridad. Pero voy a tomar el primer tren. Vaya, con permiso.

(Escapa. Viéndole, Isabel ríe de la mejor gana. Él se detiene bajo la embocadura del fondo)

¿Se ríe usted?

ISABEL.—Usted perdone. Pero me hace muchísima gracia que me tome usted por una loca... No, hombre, no. Los que están un poco chiflados son ellos, los viejecitos. ¡Los criados del duque!

FLORENCIO.—*(Volviendo)* ¿Quiere usted decir que en esta casa hay varios locos?

ISABEL.—Esta casa es el reino de la imaginación, la casa de los sueños. Si no tiene usted un poco de fantasía, es mejor que se vaya... Ya ve usted: ese sofá es un coche de seis caballos. Y en la habitación de al lado está el Hipódromo...

FLORENCIO.—*(Preocupado)* ¡Porras! Entonces, si yo quiero, ¿soy ahora mismo el rey de Inglaterra?

ISABEL.—¡Toma! Y hasta puede usted hacer elecciones.

FLORENCIO.—¿De verdad?

ISABEL.—Pruebe, pruebe...

FLORENCIO.—*(Transición)* ¡No! ¡No, señorita! Yo estoy segurísimo de que no soy el rey de Inglaterra. ¡Yo soy Florencio Urquiola, profesor de arqueología!

ISABEL.—¿Qué ha dicho usted que es?

FLORENCIO.—¡Arqueólogo! *(Tímidamente)* ¿No le gusta a usted la Arqueología?

ISABEL.—Hombre, no está mal. Pero si yo fuera usted, preferiría ser el rey de Inglaterra.

FLORENCIO.—*(Indignado)* ¡Señorita! No trate usted de convencerme de que mi porvenir está en ser el rey de Inglaterra, porque no lo resistiré...

(Transición)

Pero, señor, pero si todavía no sé por qué estoy en esta casa. Todo lo que me pasa desde ayer es asombroso. ¿Cree usted que todos los días se recibe una carta en la que un aristócrata desconocido le invita a uno nada menos que para hacerle feliz? Luego, esta tarde, bajo del tren en la estación de Ávila, tomo el camino del bosque y empieza a llover. Naturalmente, me puse muy nervioso y me perdí. En el campo se pierde uno siempre, porque todo

es igual... Al fin, encuentro la puerta de esta casa y resulta todavía peor. Primero, las otras señoritas me arrojan de aquí sin ningún miramiento, y usted me dice que en esta casa hay varios locos. ¿No cree usted que todo esto es demasiado?

ISABEL.—(*Curiosa*) Dígame, Florencio... ¿Qué espera usted del señor duque?

FLORENCIO.—(*Transfigurado: alegre y confidencial*) Es muy sencillo... Creo que el duque me ha invitado porque debe de ser un gran filántropo, un gran señor, que conoce mis estudios científicos y quiere ayudarme con su dinero para levantar el Instituto Arqueológico que es mi sueño... (*Entusiasmado*) Una gran fundación con muchos pabellones, museos y jardines... ¿Eh? ¿Qué le parece?

ISABEL.—Hombre..., me parece un abuso.

FLORENCIO.—¿Usted cree?

ISABEL.—Le diré. Nosotras esperamos muchísimo del señor duque. Pero, en fin, tanto como un Instituto Arqueológico, no...

FLORENCIO.—¡Oh!

(Surge en el fondo, inesperadamente, un nuevo personaje. Es un hombre de magnífico aspecto, que viste pantalón negro de etiqueta y elegantísimo «smoking» rojo. Lleva un arco y un violín. Se planta, muy risueño, obsequioso, ante la pareja, se inclina y dice, gentilmente)

MÚSICO.—Buenas tardes. ¿Tiene la señora alguna melodía predilecta?

ISABEL.—(*Asustada*) No; yo, no... Gracias.

MÚSICO.—¿De veras? Entonces, con su permiso, tocaré un fado. Es lo que más me gusta.

(Y, en efecto, ante la aturdida pareja, con su violín toca un romántico aire de fado. Isabel y Florencio le miran con los ojos muy abiertos. Así un buen rato)

ISABEL.—(*Muy bajo*) Oiga... ¿Quién es usted?

(El Músico suelta en el instrumento un acorde rabiosísimo y deja de tocar)

MÚSICO.—¡Plancha! ¡No son los dueños de la casa! Yo me voy a volver loco...

FLORENCIO.—(*Alarmadísimo*) ¡Otro!

MÚSICO.—(*Una profunda reverencia*) Señorita, caballero; ante todo, me presentaré: con ustedes, Bobby y sus muchachos...

ISABEL.—¿Dónde están los muchachos?

FLORENCIO.—(*Asustado*) ¡Este es otro fantástico!

MÚSICO.—Perdonen. Es la costumbre. Soy Bobby, director de la orquesta de melodías modernas «Bobby y sus muchachos», que actúa en el «cabaret» Copacabana, de Madrid. Supongo que ustedes me conocerán, porque mi popularidad es tremenda... (*Muy generoso*) Ya les firmaré un retrato. Ahora necesito contarles a ustedes todo lo que me ocurre. Es increíble... Anoche, al terminar mi actuación en «Copacabana», entró en mi camerino un caballero que me propuso actuar con mis muchachos esta noche en esta casa...

ISABEL.—¿Quién era ese caballero?

MÚSICO.—Lo ignoro, señorita. Me dijo el nombre, pero no puse demasiada atención y lo he olvidado.

ISABEL.—¡Oh!

MÚSICO.—Yo, al principio, me negué, porque tocar el «jazz-band» en Ávila me parece una barbaridad, y yo soy muy mirado. Pero la cantidad que me ofrecía el caballero era tan tentadora, que terminé aceptando. Reuní a los muchachos, les conté todo y se pusieron muy contentos... Esta tarde, «Bobby y sus muchachos», completos, hemos tomado el tren de Ávila. Pero al entrar en este maldito bosque, los muchachos, que nunca han estado en el campo, se han asustado mucho y me han ido abandonando uno a uno. ¡Se han ido a Ávila! (*Amargamente*) En la puerta de esta casa me dejó el último de mis muchachos... Mi padre.

FLORENCIO.—¡Claro!

ISABEL.—¡El pobre señor!

MÚSICO.—(*Dolorosamente*) ¡No se lo perdonaré nunca! Vean ustedes lo que han hecho conmigo... «Bobby sus muchachos», una orquesta internacional, convertida en un solo violín. ¡Qué vergüenza!

(*Transición; con sublime dignidad*)

Pero no importa. Yo solo, con mi violín, cumpliré el compromiso que contraí con mi cliente: tocaré toda la noche, pase lo que pase, y vea lo que vea... (*Dirigiéndose, con el arco en alto, en actitud de director, a una orquesta invisible, mientras da tres pataditas en el suelo*) ¡Atención, muchachos! Ta, ta, ta...

FLORENCIO.—(*Frenético*) ¡Y dale! Pero si no hay muchachos...

MÚSICO.—(*Ruborizado*) Nada... Es que no me acostumbro. Ustedes perdonen.

(Y, decididamente, se va, tocando el fado. Isabel y Florencio le ven marchar absortos, hasta que desaparece. Luego se miran entre sí)

FLORENCIO.—¿No cree usted que este también se ha vuelto loco?

ISABEL.—No. Este ya ha venido así.

(Óyense voces de los cuatro viejecitos, que se acercan y, bruscamente —ya es casi de noche— toda la escena se inunda de una vivísima luz blanca. Es doña Adelita, que, al entrar, ha encendido la araña central. Con doña Adelita vienen Pedro, Chapete y Simón, y entre los cuatro llevan a la fuerza, pero muy suavemente, a Margarita y a Rosita. Traen a las dos muchachas con la misma dulce energía que traerían a dos niñas que se hubieran encontrado en el camino. La resistencia de Margarita y Rosita es absolutamente inútil. Adelita lleva su sombrilla abierta y Pedro trae unos cuantos globos. Los cuatro ancianitos están mas contentos que nunca)

SIMÓN.—¡Ea, ea! ¡Se acabaron las carreras!

ADELITA.—¡Mañana la Copa del Príncipe de Asturias!

CHAPETE.—Eso, eso. Y ahora, ¡al coche!

LOS CUATRO.—¡Al coche! ¡Al coche!

ADELITA.—*(Contentísima)* ¡Todos al coche! Y esa señorita y ese caballero, también...

FLORENCIO.—¡No!

LOS CUATRO.—¡Sí, Sí!

PEDRO.—¡Todos! ¡Todos!

ROSITA.—¡Hay que ver cómo están!

MARGARITA.—*(Indignada)* Pero, ¿es que quieren que juguemos nosotros también?

ISABEL.—*(Alegre)* ¿Y por qué no?

FLORENCIO.—*(Con susto)* Pero, ¿adónde me llevan? ¿Qué quieren hacer conmigo?

ADELITA.—¡Al coche!

(Florencio, Margarita, Rosita y Florencio, cariñosamente empujados por los viejecitos, se acomodan con ellos en el sofá o en el pequeño espacio que queda entre el sofá y el canapé, apretadísimos; unos sentados y otros en pie, como pueden. En alto destacan la sombrilla de doña Adelita y los globos de Pedro.)

Chapete, en su «pescante», empuña las riendas y restalla su látigo era el aire, gozosísimo. Los cuatro viejos se agitan, llenos de felicidad)

CHAPETE.—¡Ria! ¡Ria! ¡Ria, Generosa! ¡Ohé! ¡Ohé!

(Y los cuatro viejecitos, unánimes, rompen a cantar)

LOS CUATRO.— De Cataluña vengo
de servir al rey,
¡ay, ay!...

CHAPETE.—*(Irguiéndose, emocionadísimo)* ¡Silencio!

ADELITA.—¿Qué ocurre, Chapete?

(Chapete, muy solemne, señala con su látigo el paso de un carruaje imaginario)

CHAPETE.—¡Que pasa la infanta Isabel!

TODOS.—*(Giran la cabeza en esa dirección)* ¡Oh!

TELÓN

ACTO II

El mismo decorado. Han transcurrido apenas unos minutos desde el término del acto anterior. Todo está en la misma disposición, pero no hay nadie en la escena.

(Entra Pedro. Sobre su traje habitual se ha puesto un «macferland» y cubre su venerable cabeza con un antiguo sombrero de copa. Con una mano sujeta los hilos de un gran manojo de globos de todos los colores. Muy decidido se dirige al «coche», se sienta en el «pescante», toma el látigo y las «riendas», y jalea con ímpetu a los imaginarios caballos)

PEDRO.—¡Ria! ¡Ria! ¡Ria, Generosa! ¡Ria, ria!

(Entra Simón, que sorprende con muchísima extrañeza los manejos de Pedro)

SIMÓN.—¡Pedro! ¿Es que te marchas?

PEDRO.—*(Mohíno)* Sí, señor. Me marchó. ¡Ria, ria!

SIMÓN.—*(Con apuro)* Aguarda un poco, hombre. *(Se pone delante del «coche», como para interceptar el paso)* ¿Adónde vas?

PEDRO.—*(Con energía)* ¡A Aranjuez!

SIMÓN.—*(Indignado)* ¿Otra vez a Aranjuez? No me explico por qué todos los días te quieres ir a Aranjuez...

PEDRO.—*(Sacude el látigo)* ¡Simón! ¡Si no te apartas, te atropello!

SIMÓN.—*(Asustadísimo, se aparta, casi de un salto)* ¡Estate quieto! ¿Qué mosca te ha picado?

PEDRO.—Estoy harto de vivir entre chiflados. Aquí el único que no ha perdido el juicio soy yo...

(Simón le contempla y mueve la cabeza, con cierta compasiva superioridad)

SIMÓN.—¡Ta, ta, ta!

PEDRO.—Por eso me voy a Aranjuez.

SIMÓN.—¡Ta, ta, ta!

PEDRO.—(*Heroicamente*) ¡A casa de mis padres!

SIMÓN.—(*Con bondad*) Pero, hombre, si tú no tienes padres.

PEDRO.—(*Ingenuo*) Es verdad. Se me había olvidado.

SIMÓN.—¿Ya no te acuerdas de que todos somos huérfanos? (*Se excita*) ¡Pedro, un poco de sensatez, hombre! ¿Tú crees que resulta bonito coger tus globos y marcharte a Aranjuez, precisamente esta noche, cuando nadie sabe lo que va a pasar en esta casa?

PEDRO.—¡Hum!

SIMÓN.—Mira, Pedro: yo estoy muy asustado, pero muy asustado. No sé por qué ha venido hoy tanta gente. Desde hace cuarenta años en Las Colinas no teníamos visitas. Además, todos son muy raros. (*Tocándose una sien, con profunda melancolía*) Me parece que los pobres...

PEDRO.—Ya, ya. Lo he sospechado enseguida.

(*Transición*)

¡Por eso me voy a Aranjuez!

SIMÓN.—¡Estate quieto, Pedro!

(*En este instante se oye un gran estruendo, producido por algo muy pesado, sin duda, que se derrumba. Es un ruido estrepitoso y alarmante, al cual se mezcla un chillido de doña Adelita*)

PEDRO.—¿Has oído?

SIMÓN.—Sí. Creo que he oído algo...

(*Irrumpen en escena, por la derecha y muy alarmadas, Margarita y Rosita*)

ROSITA.—¡Socorro!

MARGARITA.—¿Qué ocurre? ¿Qué ruido es ese?

SIMÓN.—(*Tranquilamente*) ¡Calma, calma! Muchas veces se oyen ruidos así...

MARGARITA.—¿De veras?

SIMÓN.—Sí, sí. Es que se caen los muebles...

ROSITA.—(*Con espanto*) ¿Que se caen los muebles?

SIMÓN.—¡Digo! La alacena del corredor, que está llena de vajilla, se cae todas las noches. Al día siguiente yo la vuelvo a llenar de vajilla; pero es inútil. Se cae otra vez.

PEDRO.—(*Filosófico*) Para mí que lo que se ha caído es la cama de doña Adelita... Se desarma todas las noches desde que se han perdido los tornillos... No sé en qué consiste. Es una gaita.

(*Se oye un nuevo estrépito, ahora mayor, y un nuevo grito de doña Adelita*)

MARGARITA y ROSITA.—(*En un grito*) ¡Ay!

PEDRO.—(*Seramente preocupado*) ¡Cuerno!

SIMÓN.—(*Muy reflexivo*) Me parece que esta vez no ha sido la alacena...

(*Todos se encaminan a la puerta del fondo, al mismo tiempo que surge doña Adelita, muy risueña*)

ADELITA.—No, no se asusten... No es nada. Es que Chapete se ha puesto su uniforme de sargento, y ya se sabe que siempre que se viste de sargento hace una barbaridad. ¡Se ha peleado con la armadura del recibimiento y ha roto todos los cristales que quedaban! (*Con tiernísimo orgullo*) ¡Este Chapete es más pendenciero!

(*Y se va, riendo, muy ufana y muy feliz*)

ROSITA.—Oiga usted, don Simón. ¿Por qué se ha vestido Chapete de sargento?

SIMÓN.—Porque no tiene más remedio, señorita. Está en el servicio y tiene que hacer la parada en Palacio. Hoy le toca. (*Dentro, una trompeta prorrumpen en un largo y vibrante toque militar*) ¿Oyen ustedes? Eso es que ya están en la Plaza de la Armería... Voy, voy. No me quiero perder el desfile.

(*Sale, con apresuramiento*)

ROSITA.—(*Un estremecimiento*) ¡Ay, Dios! Y todo esto sin salir de Ávila...

PEDRO.—(*Muy sensato*) Este Chapete es muy bruto. No hay día en que no haga una barbaridad... Y luego, como tiene la manía de que no pasa el tiempo, pues, claro, no sabe nada de lo que ocurre hoy día...

MARGARITA.—(*Interrumpiéndole, nerviosísima*) ¡Cállese usted!

PEDRO.—¡Señorita!

(*Se oye un nuevo toque de trompeta*)

MARGARITA.—¡Que se calle esa trompeta! No puedo más. Voy a empezar a romper cosas...

PEDRO.—(*Amablemente*) Rompa, rompa... Todo el mundo rompe algo de cuando en cuando.

MARGARITA.—¡Quite esos globos de mi vista!

PEDRO.—¡Sí, señorita!

MARGARITA.—¡Me voy a desmayar!

ROSITA.—¡Ay, no, señorita! Rompa lo que quiera, pero no se desmaye...

MARGARITA.—(*Chillando*) ¡Hace una hora que hemos llegado a esta casa y todavía no nos ha recibido el duque! ¿Dónde está el duque? ¡Dígalo de una vez!

ROSITA.—Hable, abuelo. ¿Dónde está el señor duque?

PEDRO.—(*Alza los ojos al techo, con muchísimo respeto*) ¡Señoritas! El señor duque siempre está en el torreón.

(Saluda y se va. Margarita y Rosita, solas, se quedan, durante un instante, mirando al techo, boquiabiertas)

ROSITA.—(*Bajísimo*) ¡En el torreón!

MARGARITA.—¡Otro chiflado!

ROSITA.—(*Inspirada*) ¿Será que le han encerrado los viejecitos?

MARGARITA.—No me extrañaría... Las casas viejas como esta siempre tienen un drama dentro. ¡Es un asco!

ROSITA.—(*Heroicamente*) ¡Si el señor duque está secuestrado, nosotras le liberaremos!

MARGARITA.—Oye, rica, no seas romántica. Me da el corazón que el señor duque no es ningún prisionero, sino un caprichoso extravagante que está jugando con nosotras. Pero te juro que si no baja pronto del torreón, subiré yo.

ROSITA.—¡Ay, Virgen! ¿Se atreverá usted?

MARGARITA.—¡Naturalmente! Todo esto pasa de la raya. Estoy harta de que me lleven del Hipódromo a la plaza de la Armería... Ya estoy rendida de tanto paseo. (*Furiosa*) ¡Y que todo esto le ocurra a una mujer como yo! ¡Maldita sea mi estampa!

(Surgen en la embocadura del fondo, del brazo y amartelados, doña Adelita y Chapete. Ella viste como siempre y lleva una bonita sombrilla abierta. Él se atavía con su bizarro uniforme de sargento de Infantería, tal como era uso hacia 1900. Cruzan la escena desde el foso hacia la izquierda, como dando un buen

paseo bajo el sol. Margarita y Rosita se repliegan hacia el otro extremo del salón)

ROSITA.—¡El sargento!

CHAPETE.—(*Galán*) ¡Je! Hoy estás más guapa...

ADELITA.—(*Un remilgo*) ¡Palabrero! Siempre dices igual...

CHAPETE.—(*Retozón*) ¡Je! ¿Me das un beso?

ADELITA.—(*Con dignísimo pudor*) ¡No quiero!

CHAPETE.—Mujer... ¡Eres más arisca!

ADELITA.—No soy arisca. Es que soy muy decente. Y tú eres un fresco. Eso de besar a los hombres se queda para otras.

CHAPETE.—(*Resignado*) Bueno, mujer; no te enfades. (*Tímido*) ¿Me das la mano?

ADELITA.—Si te empeñas... (*Se sonroja*) La mano es otra cosa.

(Muy ruborizada, le tiende la mano, que él toma con emoción. Y así, cogidos de la mano, salen los dos. Un segundo antes ha entrado Pedro, a tiempo de verlos marchar)

PEDRO.—(*Indignado*) ¿Qué les parece a ustedes esto? ¿Eh? Todo sin hacer, la casa llena de gente y ellos pelando la pava tan ricamente... ¿Eh? ¿Se puede decir que esto es una casa seria? ¿Eh? ¿Se puede decir?

(Se va furioso detrás de doña Adelita y Chapete. Solas otra vez Margarita y Rosita. Margarita, ya sin fuerzas para hablar, con un coraje enorme, coge un jarrón y lo estrella contra el suelo. El jarrón se deshace en muchos pedazos)

ROSITA.—¡Ay, señorita! ¿Qué ha hecho usted?

MARGARITA.—(*Gritando*) ¡No puedo más! ¡No puedo más! (*Se oye un nuevo trompetazo*) ¿Quién toca esa trompeta?

ROSITA.—¡Ay, Dios mío!

(Por el fondo entra Isabel. Viene muy alegre y trae en la mano una gran trompeta)

ISABEL.—¡«Good night», chicas!

MARGARITA.—(*Horrorizada*) ¿Eras tú quien tocaba la trompeta?

ISABEL.—Sí, sí. Me ha enseñado Chapete. ¿Quieres aprender tú? Sopla aquí...

MARGARITA.—¡No! Tocar la trompeta, no. Gracias.

ISABEL.—Es una lástima que os hayáis perdido la parada. Yo lo he pasado muy bien. Chapete es un sargento estupendo. Como que manda más que el comandante y ha arrestado a un capitán. Le gusta mucho la disciplina... (*Felicísima*) Después de la parada hemos dado una vuelta en el cochecito de la Plaza de Oriente. Doña Adelita, que conoce a todo el mundo, me ha presentado a algunas marquesas. Y ya veis: resulta que las marquesas son bastante más campechanas de lo que cree la gente. Una de ellas me ha invitado a comer el jueves...

MARGARITA.—¡Ah! ¿Sí?

ISABEL.—Sí, sí. Eso dice doña Adelita... (*Ríe*) Son deliciosos los cuatro viejecitos. Ponen tanta fe en sus imaginaciones que todo llega a parecerle a una verdad...

(*Transición*)

Como que cuando doña Adelita me ha presentado a las marquesas me he puesto colorada. A mí la aristocracia me impone mucho...

MARGARITA.—Se comprende. Pero cállate, porque si sigues hablando querrás convencerme de que yo soy la dama de las camelias... Y eso, no.

(*Ríe, encantada, Isabel. Aparece el Músico. Viene, naturalmente, armado con su arco y su violín. Su estado de ánimo es de una enorme confusión*)

MÚSICO.—(*Muy preocupado*) No hay nadie en la primera planta; tampoco está en las habitaciones del segundo piso. Luego, no falla; el señor duque tiene que estar en el torreón o en el sótano... (*Decidido*) Miraré primero en el sótano.

ROSITA.—(*Desde lejos, sofocando un grito*) ¡Bobby!

MÚSICO.—¿Eh? (*Sorprendidísimo*) ¡Rosita!

ROSITA.—(*Avanzando*) ¿Tú aquí, Bobby? ¿Tú también?

MÚSICO.—(*Muy nervioso*) ¡Dios me valga! ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué haces tú en esta casa?

ROSITA.—No lo sé, Bobby. Tengo muchísimo miedo.

MÚSICO.—Dime la verdad, Rosita. ¿Has venido siguiéndome?

ROSITA.—¡No! Te lo juro que no, Bobby. No seas presumido. ¡Me ha invitado el señor duque!

MÚSICO.—¿Que te ha invitado el señor duque? Esto, además... ¡Basta! Es preciso que yo encuentre al señor duque, y lo encontraré. Me voy al sótano.

(Se va por el fondo, muy sobresaltado. Florencio y Margarita, estupefactas por el desarrollo de la escena anterior, acuden presurosas junto a Rosita)

ISABEL.—Pero, Rosita, ¿tú conoces a ese hombre?

ROSITA.—Sí, señorita. Le conocí anoche... Fue una aventura...

ISABEL.—¡Una aventura!

ROSITA.—Verán ustedes. Anoche, de madrugada, estaba yo con mis flores en «Copacabana», en la puerta de los artistas. Cuando salió Bobby, se me quedó mirando fijamente. Yo me acerqué y le puse un clavel en la solapa.

(Transición)

¿A qué está una?

ISABEL.—Claro, claro. ¡Pobrecita!

ROSITA.—Entonces él me cogió la mano muy cariñoso.

ISABEL.—¡Qué desahogado!

MARGARITA.—*(Mundana)* Bueno. Supongo que esto te pasará siempre.

ROSITA.—No, señorita. Hay caballeros muy finos que le dan a una un manotazo... Pero Bobby no es tan caballero. Me dijo que le gustaría mucho llevarme a mi casa en su coche. Yo le dije que sí, porque era muy tarde y estaba cansadísima; pero cuando subimos al coche, en vez de llevarme a mi casa, que está en las Ventas, tiró por la Castellana hacia el Hipódromo...

MARGARITA.—*(Rápida)* Me lo estaba figurando.

ISABEL.—¡Ay! ¿Por qué?

MARGARITA.—Porque es la ruta...

ISABEL.—*(En las nubes)* ¿La ruta de dónde?

MARGARITA.—*(Indignada)* ¡Isabel, no me hagas más preguntas, que me pones nerviosa!

ROSITA.—Yo estaba muy asustada. De pronto, ¡zas!, Bobby paró el coche, y claro...

(Se calla y baja los ojos, ruborosa)

MARGARITA.—*(Inflexible)* ¿Qué pasó?

ROSITA.—*(Tímida)* Lo natural...

ISABEL.—*(Aterrada)* ¿Se aprovechó?

ROSITA.—Sí, señorita. Muchísimo.

ISABEL.—*(Bajito)* ¿Te besó?

ROSITA.—Un poco. (*Sonríe*) Así, de refilón.

MARGARITA.—(*Súbitamente*) ¡La muy coqueta!

ROSITA.—(*Un salto*) ¡Señorita!

MARGARITA.—Conque esas tenemos, ¿eh? ¿De manera que tú eres de las que se dejan llevar en coche de madrugada para que las besen...?

ISABEL.—Mujer..., ten en cuenta que fue de refilón.

MARGARITA.—(*Indignadísima*) ¡Si ya me figuraba yo que esta tonta no es tan mosquita muerta como parece! ¡Si ya sé yo que estas chicas que se pasan la vida diciendo que son tan decentes dan cada chasco!...

ROSITA.—¡No me insulte! ¡No tiene usted derecho!

MARGARITA.—Pues me alegro muchísimo de conocerte, rica. Porque esta noche no te dejaré que luzcas esos trucos. Óyelo bien. El duque, ese mirlo que está en el torreón, ese es para mí...

ROSITA.—(*Sonríe con malicia*) ¿Está usted segura?

MARGARITA.—¡Segurísima! Yo tengo muchos recursos.

ROSITA.—Ya, ya. Es usted muy guapa. Pero una tampoco está mal y también tiene sus pretensiones...

MARGARITA.—¿De veras? Pues ya veremos quién se sale con la suya. ¡Tú o yo!

ISABEL.—(*Con enorme indignación*) ¡Naturalmente que lo veremos!

MARGARITA.—¿Qué dices tú?

ISABEL.—Lo que oyes. ¿O es que os parece bonito adjudicaros la conquista del duque sin contar conmigo, como si yo no estuviera aquí? Pues estáis equivocadísimas, porque yo también juego. Y si hace falta, hago trampas. Conque ya veremos quién de las tres se queda con su excelencia...

MARGARITA.—¡Isabel!

ISABEL.—Yo, por mi parte, no estoy dispuesta a renunciar. Y esta vez no ocurrirá como siempre. ¡Quia! En el poco tiempo que llevamos las tres juntas he aprendido mucho de vosotras. Esta noche veréis quién soy yo. Estoy dispuesta a todo: hasta a dejarme besar por el señor duque. Ea; si me besa, que me bese. ¿Y sabéis por qué? Porque me gusta el duque.

MARGARITA.—(*Desesperada*) ¡Pero si no le conoces!

ISABEL.—Eso es lo de menos. Me gusta. Me atrae todo lo suyo... Esta casa vieja en medio del campo, cerca de una vieja ciudad. Esos ancianos que viven como si se hubieran vuelto niños otra vez.

(*Transición*)

Vamos, hombre. Como que voy yo a dejar a un hombre como el duque en manos de una pavisosa hipócrita como esta...

ROSITA.—(*Furiosa*) ¡No soy una pavisosa!

ISABEL.—O a merced de una lagartona como tú...

MARGARITA.—(*Excitadísima*) ¡No me llames lagartona!

ISABEL.—Eso es lo que eres tú: una lagartona que busca un caballo blanco. Conque «mademoiselle Ivette». ¡Ja, ja! Pues para lo que te va a servir esta vez el nombre de guerra...

MARGARITA.—¡Isabel! ¡Isabel! ¡A mí me va a dar algo!

(*Una transición*)

No; ahora, no. Ya me he cansado de esperar. Ahora mismo subo al torreón del duque, y yo sé lo que tengo que hacer...

ISABEL.—(*Asustada, suplicante*) ¡No! Eso, no, Margarita... ¡No seas loca!

MARGARITA.—¡Déjame en paz!

(*Y sale airadamente, casi corriendo*)

ROSITA.—¡Ah! ¿Sí? Pues si ella cree que me va a ganar por la mano... Veremos quién encuentra antes al señor duque.

(*Y con un extraordinario coraje sale por otra puerta*)

ISABEL.—¡Margarita! ¡Rosita! ¡Rosita! ¡Margarita! ¡Oh! ¡Qué locas, Dios mío, qué locas!...

(*Sola, desolada, se deja caer en un sillón y llora suavemente. Una pausa. Entra Florencio. Viene hablando para sí mismo, sin notar la presencia de Isabel*)

FLORENCIO.—Ya está... Ya me hago cargo de todo. Aquí hay un landó de seis caballos. En esa habitación está el Hipódromo de la Castellana. Y en esa otra, la Plaza de Oriente. Ahora no es de noche ni llueve; es por la mañanita temprano y hace un sol hermosísimo... ¡Ah! Se me olvidaba. En el piso de arriba está el Teatro Real. Sí, señor. Anoche hubo función y cantó Adelina Patti.¹⁴ Creo que estuvo como los ángeles... Me lo ha dicho la infanta Isabel. (*De pronto*)

¹⁴ Adelina Patti: soprano italiana (Madrid, 1843–Craig-y-Nos Castle, 1919), una de las principales figuras de la ópera del siglo XIX.

repara en Isabel y se detiene ante ella, sorprendido) Pero, señorita... ¿Está usted llorando?

ISABEL.—(Sonríe) Un poco.

FLORENCIO.—¿Puedo saber por qué?

ISABEL.—Porque la vida es muy triste.

FLORENCIO.—¡Caramba! Me quita usted un peso de encima.

ISABEL.—(Indignada) ¡No sea usted imbécil! Si le digo que la vida es tristísima, ¿cómo puede usted decir que le quito un peso de encima?

FLORENCIO.—¡Je! Verá usted. (Tímidamente) Es que así, al pronto, creí que se había usted echado a llorar al verme...

ISABEL.—(Generosamente) Hombre, no es para tanto.

FLORENCIO.—Muchas gracias. Pero ya me ha sucedido algunas veces... Yo, de primera impresión, no gusto nunca. ¡Es fatal!

(Se oyen las voces jubilosas de los cuatro ancianos, que se acercan, cantando una vieja canción: «A coger el trébole, el trébole, el trébole...»¹⁵ Isabel y Florencio se vuelven, estupefactos. Y surgen en escena, alegres y vivarachos, doña Adelita, Pedro, Simón y Chapete. Doña Adelita, con su sombrilla abierta. Chapete viste de nuevo sus galas de cochero. Pedro y Simón llevan las chisteras caladas, como para marchar. Y los cuatro transportan unas cestas de mimbre, cuyo contenido se cubre cuidadosamente con una servilleta, debajo de la cual se adivina una buena provisión de víveres para un almuerzo campestre. Traen también unas sillitas plegables, de campo, muy anticuadas. Los cuatro viejecitos, sin hacer ningún caso de Isabel y Florencio, se dirigen a su landó. Una vez allí, Chapete acaricia amorosamente los inexistentes caballos, arregla los aparejos, palmea lomos, etcétera. En fin, los gestos y el regocijo de los cuatro dan la inequívoca sensación de que van a emprender una magnífica excursión)

ADELITA.—¡Ea! ¡Ea! ¡Al campo!

¹⁵ *A coger el trébole*: canción popular, propia de la noche de san Juan (23 de junio): «A coger, el trébole, / el trébole, el trébole; / a coger el trébole / los mis amores van. / A coger, el trébole, / el trébole, el trébole; / a coger el trébole / la noche de San Juan. /—Qué quieres que te traiga, / que voy a Madrid; / qué quieres que te traiga, / que voy a Madrid. /—No quiero que me traigas, / no quiero que me traigas, / no quiero que me traigas, / que me lleses sí, / que me lleses sí.»

PEDRO.—¡Al campo!

SIMÓN.—Me gusta mucho ir de campo. Es muy bueno para la salud. El doctor lo está diciendo siempre. Y la verdad es que desde que vamos al campo a menudo, yo estoy más joven.

PEDRO.—Vamos, vamos. ¡Hay que tomar aire puro!

FLORENCIO.—(*Muy bajo, estremeciéndose*) ¡Se van de excursión!

ISABEL.—(*Muy bajito también*) Creo que sí.

FLORENCIO.—(*Aterrado*) ¡Pero si es de noche y está lloviendo!

ISABEL.—(*Contentísima*) ¡Qué sabe usted!

FLORENCIO.—¡Señorita!

ADELITA.—(*En órdenes*) ¡Pedro!

PEDRO.—¿Qué quieres, Adelita?

ADELITA.—Trae el campo aquí dentro.

PEDRO.—(*Seramente*) Voy.

(Y sale, muy decidido. Doña Adelita, Chapete y Simón se ocupan en colocar en el coche las cestas)

FLORENCIO.—Van a traer el campo aquí dentro. ¡Esto es la locura!

SIMÓN.—Supongo, Adelita, que llevarás el frasco con mi café.

ADELITA.—Café no hay, porque el último que tuvimos se acabó hace tres años. Pero aquí tienes tu frasco.

SIMÓN.—(*Feliz*) Mucho, mucho.

(Vuelve Pedro. Viene transportando un arbolito de regular tamaño, que puede tenerse en pie sobre sus propias raíces. Es un precioso almendro en flor. Lo deja en el centro de la escena y marcha a reunirse con los otros, junto al landó)

PEDRO.—¡Aquí está el campo!

LOS CUATRO.—¡Bravo! ¡Bravo

(Isabel y Florencio, muy despacito, insensiblemente, marchan hacia el árbol y quedan bajo sus ramas)

FLORENCIO.—¡Oh! El campo...

(Mientras doña Adelita, Simón y Pedro, con prosopopeya y dignidad, toman asiento en el landó, Chapete, como siempre,

en funciones, servicialísimo, hace ademán de abrir y cerrar las portezuelas y, una vez que los otros tres ancianos se han acomodado en el sofá, él monta en el «pescante», requiere el látigo y las riendas y se dispone a emprender la marcha)

ADELITA.—¡Hala, hala! En marcha...

SIMÓN.—¡Qué hermosísima mañana!...

PEDRO.—¡Qué bonito es ir al campo!

FLORENCIO.—(Atónito) ¡Están de remate!

ISABEL.—(Muy bajo también) ¿Quiere usted callarse?

CHAPETE.—¡Oh! Quieto, quieto, Sultán. (Volviéndose hacia los ocupantes del landó)
Adelita, ¿adónde vamos?

PEDRO.—(Rápidamente) ¡A Aranjuez!

(Simón se pone en pie, muy furioso y agitado)

SIMÓN.—¡No! (Enérgico) ¡Hoy iremos a Carabanchel!

PEDRO.—(También en pie) ¡Ah! ¿Conque a Carabanchel? ¿Puedo saber por qué siempre que salimos de excursión quieres ir a Carabanchel? ¿Eh?

SIMÓN.—¡Vamos a Carabanchel! ¡Aquí mando yo! ¡Yo soy un caballero!

CHAPETE.—(Interviniendo) ¡Tú no mandas nada, contra! ¡Yo no voy a Carabanchel!

PEDRO.—¡Vamos a Aranjuez!

CHAPETE.—¡Un cuerno! ¡Yo quiero ir a la Pradera!

SIMÓN.—¡No!

PEDRO.—¡No, no!

(Chillan los tres al mismo tiempo, en pie, dentro del «coche», y agitando mucho las manos. De pronto doña Adelita grita más fuerte que los otros y se levanta, para poner orden)

ADELITA.—¡Silencio!

FLORENCIO.—(Interesadísimo) Realmente, lo sensato sería ir a la Pradera...

ISABEL.—¡Claro!

ADELITA.—¡He dicho que os calléis! ¡Ea! Se acabó...

(E, indignada, descarga con su sombrilla plegada un golpe sobre Pedro y otro sobre Simón. Inexorable)

¡Iremos a la Pradera!

FLORENCIO.—(*Contentísimo*) ¿No lo dije?

CHAPETE.—(*Feliz*) ¡A la Pradera! ¡A la Pradera!

ADELITA.—Vamos a la Pradera. Rezaremos en la ermita. Pasearemos por la orilla del río y almorzaremos a la sombra de un árbol... ¿Os gusta?

CHAPETE.—¡Sí, sí!

PEDRO.—Como tú mandes, Adelita.

SIMÓN.—¡Mucho, mucho!

ADELITA.—Entonces, en marcha, Chapete.

CHAPETE.—¡Voy, voy! (*Radiante*) ¡Ohé! ¡Ohé! ¡Duro, Generosa! ¡Anda, Sultán!

(Azusa a los imaginarios caballos, zumba el látigo en el aire. Doña Adelita abre su sombrilla y protege con ella a Pedro y a Simón de un sol que, por lo visto, aprieta mucho)

FLORENCIO.—(*Estupefacto*) Se van, se van. Nada, que se van... ¡Es maravilloso!...

ISABEL.—Sí. Es maravilloso.

LOS CUATRO.—¡A la Pradera! ¡A la Pradera!

(Doña Adelita, Simón y Pedro, alegrísimos, se vuelven hacia Isabel y Florencio, agitando en el aire pañuelos y sombreros. Florencio e Isabel responden del mismo modo)

ADELITA, SIMÓN y PEDRO.—¡Adiós! ¡Adiós!

FLORENCIO.—¡Adiós!

ISABEL.—¡Adiós!

(Los ancianitos rompen a cantar)

LOS CUATRO.—
De Cataluña vengo
de servir al rey,
¡ay, ay!,
de servir al rey.

(Isabel Y Florencio, mientras, se han sentado en dos sillitas plegables debajo del almendro, muy juntos. Cuando los viejos terminan de cantar, los dos muchachos, se miran, risueñamente conmovidos)

FLORENCIO.—¿Qué piensa usted?

ISABEL.—(*Sonriendo*) Pienso que la vida solo es verdaderamente bella cuando es un sueño...

(En este momento los cuatro viejos se incorporan, requieren sus cestas y se disponen a bajar del «coche»)

FLORENCIO.—¿Qué hacen ahora?

ISABEL.—¿No se da usted cuenta de que ellos ya ha llegado a la ermita?

FLORENCIO.—¡Ah, claro! Es que estaba distraído.

(Doña Adelita, Simón, Chapete y Pedro, muy serios, abandonan el «coche» y se dirigen hacia una de las puertas de la izquierda. Doña Adelita, santiguándose, entra la primera, con muy devoto recogimiento. Detrás, solemnes, graves, Chapete, Simón y Pedro, despojándose de sus respectivas chisteras, santiguándose, entran también. Isabel y Florencio los observan en silencio. Ya están solos)

¡Formidable! Pero ¿es un juego o es un sueño?

ISABEL.—¡Qué importa! Todo es igual. ¿Será que la felicidad consiste en pasear por el mundo en un coche de seis caballos que no existe?

FLORENCIO.—Tal vez. Yo hasta ahora he tenido poquísimo tiempo para pensar en la felicidad. La felicidad es una cosa que le preocupa mucho a la gente que tiene horas libres. Yo no tengo tiempo para soñar. He de ganarme la vida hora a hora, día a día. Y nunca supe si era feliz o no... Pero esto me gusta.

ISABEL.—¿Qué es lo que le gusta a usted?

FLORENCIO.—(*Sonríe y mira alrededor*) Todo esto. Usted y yo, ahora, a la sombra de un árbol, en medio de la Pradera. Hace muy buena mañana, no me lo negará usted.

ISABEL.—Buenísima... Un poco de fresco.

FLORENCIO.—¡Qué bonita es la ermita! ¡Y qué bien huele la hierba fresca de la orilla del río! ¿No cree usted?

(Isabel mira en torno y sonríe, complacida)

ISABEL.—Sí; es verdad. Todo es verdad.

FLORENCIO.—Me encanta que nos hayan dejado solos aquí, en medio del campo... Ahora no tiene usted más remedio que fijarse en mí. Esta tarde,

en el tren de Ávila, vine sentado frente a usted, y usted no me miró ni una sola vez.

ISABEL.—¡Oh! ¿Es verdad?

FLORENCIO.—Ya lo creo. Y le aseguro que he hecho todo lo posible para que usted notara mi presencia; he tirado el sombrero al suelo, he tosido una barbaridad y he silbado un tango... Tres cosas que molestan a cualquiera. Pues nada itodo ha sido inútil! Usted no se dignó fijarse en mí. ¡Es mi destino! (*Suspira*) Desde muy pequeñito, mis padres me educaron para no llamar la atención... Y lo hicieron tan bien, que, ya ve usted, paso inadvertido en todas partes. Una lata. Para mí la buena educación ha resultado una catástrofe...

ISABEL.—(*Interesadísima*) Entonces, ¿usted no gusta?

FLORENCIO.—(*Avergonzado*) Nada...

ISABEL.—(*Tímidamente*) ¿No tiene usted... ángel?

FLORENCIO.—Poquísimo.

ISABEL.—¡Oh!

FLORENCIO.—Eso que se llama «ángel» lo tienen cuatro frescos que están muy mal educados. Y como a mí me educaron tan bien, pues me hicieron cisco... No tengo ángel.

ISABEL.—(*Contentísima*) Entonces resulta que usted no gusta, no tiene ángel y, además, pasa inadvertido...

FLORENCIO.—Eso mismo.

ISABEL.—¡Qué suerte!

FLORENCIO.—¡Caray! ¿Usted cree?

ISABEL.—Sí, amigo mío. Es una suerte que usted y yo nos hayamos encontrado aquí, porque nuestros destinos son muy parecidos y nuestras almas son gemelas. Yo tampoco tengo ángel.

FLORENCIO.—(*Mirándola, sorprendido*) ¿Qué está usted diciendo?

ISABEL.—Yo tampoco gusto.

FLORENCIO.—¿Usted? (*Mirándola más*) Vamos señorita, no diga usted eso.

ISABEL.—(*Satisfechísima*) ¿Es que lo duda usted?

FLORENCIO.—(*Apasionado*) ¡Naturalmente!...

(*Una transición*)

Bueno. Yo quiero decir... (*Muy ruborizado*) ¿Ve usted? Ya me estoy poniendo colorado. Con las mujeres soy una calamidad. Por eso, lo que a mí me gusta es hacer excavaciones. Muchas excavaciones... (*De pronto*) ¿No le parece a usted que la arqueología es muy interesante?

ISABEL.—(*Con entusiasmo*) ¡Muchísimo! Es una preciosidad... Lo dice todo el mundo.

FLORENCIO.—¿Verdad que sí? Ahora estoy haciendo un estudio importantísimo sobre los períodos paleógeno, neógeno y ambos cuaternarios...¹⁶

ISABEL.—¡Qué bonito será!

FLORENCIO.—¡Soberbio! Además, este verano dirigiré en Cuenca unas excavaciones trascendentales...

ISABEL.—¡Hombre! ¿Por qué no las hace usted en Biarritz, que tiene playa?

(*Se miran los dos y ríen. Los dos se ruborizan suavemente*)

FLORENCIO.—¡Señorita! ¿Cree usted que mañana volveremos a encontrarnos, solos otra vez, en la Pradera?

ISABEL.—¿Quién sabe si mañana seremos dueños de nosotros mismos? Todavía no sabemos por qué nos ha invitado el señor duque...

FLORENCIO.—¡Santo Dios! ¿Querrá usted creer que ya me había olvidado del señor duque?

(*Se oye, lejana, una llamada, que es un grito de Margarita*)

MARGARITA.—(*Dentro*) ¡Isabel!

(*Isabel y Florencio se incorporan*)

ISABEL.—¿Ha oído usted? Es Margarita... ¿Qué sucede?

ROSITA.—(*Dentro*) ¡Señorita Isabel!

ISABEL.—¡Rosita!

(*Entra Margarita, llena de sofoco. Con ella vienen Rosita y el Músico, en el mismo estado nervioso*)

MARGARITA.—¡Isabel!

ROSITA.—Señorita, señorita...

ISABEL.—¿Qué ocurre? ¿Qué gritos son esos?

MARGARITA.—(*Rabiosísima, con lágrimas*) ¡Era todo mentira!

¹⁶ *Neógeno*: unidad del tiempo geológico que pertenece a la Era Cenozoica; dentro de esta, el Neógeno sigue al Paleógeno y precede al Cuaternario. *Paleógeno*: o terciario temprano es un período geológico que inicia la Era Cenozoica. *Ambos cuaternarios*: cuaternario superior e inferior.

ISABEL.—¿Qué dices?

ROSITA.—(*Descompuesta*) ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira!

ISABEL.—¡Rosita!

MARGARITA.—¡Sí, sí, todo mentira! ¡Nos han engañado! ¡No hay duque!

FLORENCIO.—(*Un brinco*) ¿Qué dice esta mujer?

ISABEL.—No, no, no... ¡No sabes lo que dices!

MARGARITA.—¡En el torreón no hay nadie! Está vacío y cubierto de polvo... Todos los muebles están rotos... Hace muchísimo tiempo que allí no ha entrado un ser humano.

ROSITA.—Yo he registrado todas las habitaciones de toda la casa. ¡No hay nadie!

MÚSICO.—Yo estuve en el sótano, en la terraza, en el desván y en el torreón... Lo he revuelto todo. No hay nadie. ¡Estoy seguro! En esta casa solo viven esos cuatro viejos...

ISABEL.—(*Aterrada*) ¡Dios mío! ¡No! ¡No puede ser! ¡Es imposible! A nosotros nos ha invitado esta noche el duque de Las Colinas... ¿Dónde está el duque?

MARGARITA.—(*Gritando*) ¡Ay, ay, ay!

(Todos se asustan y corren hacia ella)

MÚSICO.—¡Señorita!

FLORENCIO.—¿Qué ocurre?

MARGARITA.—(*Rabiosísima*) Me desmayo. Siento que me desmayo...

TODOS.—¡No!

MARGARITA.—¡Estoy segura de que me voy a desmayar!

(Todos están muy alborotados. Florencio y el Músico, uno a cada lado de Margarita, la socorren, muy turbados)

MÚSICO.—¡No!

FLORENCIO.—¡Señorita! Siéntese, por favor...

ROSITA.—(*Muy nerviosa también*) ¡Y dale! Lo mejor será que rompa usted algo...

(Todos hablan muy de prisa, casi a un tiempo. Isabel pasea de un lado a otro)

ISABEL.—Callaos. Un poco de calma. Es preciso que pensemos despacio... Todo esto es absurdo. En algún sitio tiene que estar el señor duque. El duque existe. Él nos ha invitado. ¡Nosotros hemos recibido una carta suya! Y esta casa es la finca de Las Colinas... ¡Todo esto no se puede dudar!

FLORENCIO.—(*En el colmo de la perplejidad*) ¿Usted cree? Yo ya lo dudo. Si usted y yo hemos estado un ratito en la Pradera, ¿por qué razón no puede resultar que no estamos ahora en Ávila, sino en Valladolid?

MÚSICO.—¡Caballero! (*Secándose el sudor*) Por favor. No puedo más...

FLORENCIO.—¿Eh? ¿Qué contestan ustedes? ¿Estamos en Ávila o en Valladolid?

MARGARITA.—(*Desesperada*) ¡Cállese! ¡No sea usted imbécil!

FLORENCIO.—¡Señorita!

ROSITA.—La señorita Isabel tiene razón. Si resulta que de verdad estamos en Ávila...

MÚSICO.—(*Un gemido*) ¡Oh!

ROSITA.—Entonces tiene que haber un duque. Pero ¿dónde se ha metido? ¿Por qué no aparece?

ISABEL.—¡Claro! (*De pronto, como respondiendo a una sugerencia interior*) Al menos que el duque... ¡Dios mío, qué idea!

(*Se detiene. Todos se acercan a ella y la rodean*)

MARGARITA.—¿Qué has querido decir?

ROSITA.—¿Qué piensa usted?

(*Isabel, en el centro, rodeada de todos los demás, se encara con ellos y los mira de uno en uno*)

ISABEL.—Pienso muchas cosas. Quizá alguien haya querido reunirnos esta noche en esta casa, quién sabe con qué intención. Y en ese caso, esa persona puede ser quien menos sospechemos.

ROSITA.—¡Ay, Virgen!

MÚSICO.—(*Muy sofocado*) ¡Señorita! ¿Qué quiere usted decir?

(*Isabel se encara con él, mirándole fijamente*)

ISABEL.—¿Quién es usted?

TODOS.—¿Eh?

ISABEL.—¿Quién es usted?

MÚSICO.—(*Tembloroso*) ¿Qué? ¿Qué insinúa? ¿Por qué me mira usted así, señorita?

ISABEL.—¡Hable! Su llegada a esta casa puede ser una farsa. ¿Quién es usted? ¡Dígalo!

MÚSICO.—(*Aterrado*) ¡Por todos los santos! ¿Es que sospechan ustedes que yo puedo ser el duque?

MARGARITA.—Oiga, oiga. ¿Y por qué no?

FLORENCIO.—Eso mismo. ¿Por qué no? A mí este sujeto, desde el primer momento, me ha parecido sospechosísimo...

MÚSICO.—¡No! (*En una total desesperación*) ¡No, no! ¡Esto es demasiado! ¡No lo puedo soportar! Me dan ustedes el mayor disgusto de mi vida. Yo, Bobby, director de «Bobby y sus muchachos», uno de los hombres más populares en el país..., confundido con un duque cualquiera... Yo, un hombre a quien agobian con autógrafos y retratos. Yo, que actúo dos veces por semana ante el micrófono. Yo, que el día menos pensado no tendré más remedio que ir a Hollywood, porque se empeñarán los americanos. Yo, que soy el autor de «Tristeza», «Tu ventana», «El viejo caballo», «Melodía cubana» y «Canta, niña, canta»...

FLORENCIO.—(*En un grito*) ¡Basta!

TODOS.—¡Ay!

FLORENCIO.—¡Que se calle! Si sigue citando el repertorio, no respondo. ¡Me pone nerviosísimo!

(Rosita se pone delante del Músico para protegerlo)

ROSITA.—¿Se han vuelto ustedes locos? Este hombre no es el duque. Es Bobby. Yo lo conozco bien. ¿Verdad, Bobby?

MÚSICO.—¡Oh, Rosita!

MARGARITA.—(*Concienzudamente*) No. Este majadero no puede ser el duque... (*Se fija en Florencio y grita*) ¡El duque es usted!

FLORENCIO.—(*Un respingo tremendo*) ¡Porras!

TODOS.—(*Se acercan*) ¿Eh?

ROSITA.—¡Sí, sí! ¡Sí! Él es el duque...

MÚSICO.—¡Claro! Ya está. Ese, ese es el duque...

ISABEL.—¡Florencio! ¿Me ha engañado usted? ¿Es usted el duque?

FLORENCIO.—¡Porras! ¡No! ¡No soy el duque! ¡Yo soy Florencio Urquiola! Pero ¿por qué desde que he llegado a esta casa se empeñan todos en que yo deje de ser quien soy? Antes quería usted convencerme para que me convirtiera en el rey de Inglaterra, y ahora quieren que yo sea el duque de Las Colinas. ¡No, no y no! ¡Yo no soy el duque! ¡Lo juro!

MARGARITA.—Está bien. No chille más. Si tampoco es usted el duque, resulta que la maravillosa idea de reunirnos todos aquí esta noche debe de ser de una de nosotras tres...

ISABEL.—(*Azoradísima*) Margarita, no digas disparates. ¿Qué estás discurrendo?

MARGARITA.—(*Sonriente y terrible*) Lo natural. (*Muy contenta*) Pero, ¿cómo no se me ha ocurrido antes? Si es sencillísimo... Si está muy claro. ¿Quién es la más fantástica de las tres? ¿Eh?

ISABEL.—¡Margarita!

MARGARITA.—¿Quién es capaz de tener un amante que no existe y de escribirle cartas todas las noches a París, a Londres, a Buenos Aires y, además, echarlas al correo, que es lo bueno? ¿Eh? ¿Quién es la señorita decente que se aburre y pasa la vida viviendo maravillas con la imaginación? ¿Eh? ¿Quién es? ¡Dilo tú, Isabel! ¿Eres tú?

ISABEL.—¡No, Margarita! Yo, no.

MARGARITA.—Di la verdad. ¿Has sido tú quien nos ha traído aquí esta noche, para vivir una de esas aventuras que tú te inventas?

ISABEL.—(*Casi llorando*) ¡No, Margarita! Te juro que no he sido yo... ¡Pobre de mí!

ROSITA.—(*Rompiendo a llorar*) ¡Ay, Virgen Santa!

MÚSICO.—¿Por qué lloras?

ROSITA.—Porque me da el corazón que ahora van a sospechar todos que el señor duque soy yo, y no sé cómo voy a convencerles de que no.

FLORENCIO.—Creo que entre nosotros ya no quedan sospechosos...

MARGARITA.—¡Sí! Quedo yo. (*En jarras*) Pero al primero que se le ocurra insinuar que el señor duque soy yo, le suelto una bofetada...

TODOS.—¡Oh!...

FLORENCIO.—Por favor. No continuemos sospechando estúpidamente de nosotros mismos. En esta casa hay un secreto, y no hay duda de que ese secreto lo tienen los cuatro viejecitos, que son los únicos habitantes de la finca... Luego está claro que ellos saben quién es el duque y dónde está.

MARGARITA.—¡Pero si están chifladísimos!

FLORENCIO.—(*Muy nervioso*) ¡Señorita! Después de todo lo que ocurre aquí esta noche, yo, la verdad, no creo que el señor duque sea demasiado sensato...

(*Asoma Simón y, desde la puerta, llama. Todos van hacia él*)

SIMÓN.—¡Chiss! ¿Están ustedes solos?

TODOS.—¡Sí!

SIMÓN.—(*Solemnemente*) Entonces, voy a decir toda la verdad. (*Se despoja de la chistera y saluda cortésmente*) ¡Señoritas! ¡Caballeros! ¡El señor duque soy yo!

TODOS.—(*Inmóviles*) ¡Oh!...

(Entra doña Adelita, muy sofocada, en pos de Simón)

ADELITA.—Ven aquí, Simón.

SIMÓN.—No quiero. Yo soy el duque, yo soy el duque, yo soy el duque...

(Y sale, dándose golpes en el pecho y repitiendo la misma afirmación, incansablemente)

TODOS.—*(Un murmullo)* ¡El duque!

(Doña Adelita se detiene en el umbral, a punto de salir tras de Simón, y dice, indignada)

ADELITA.—¡No es el duque! Es un embustero. Lo que pasa es que tiene delirios de grandeza, y cuando le da el ataque fuerte dice que él es el duque. Pero no es verdad. ¡El señor duque murió hace cinco años!

(Y sale muy de prisa detrás de Simón. Un inmenso estupor en todos los personajes. Todos hablan al tiempo)

TODOS.—¡Ay!

MARGARITA.—*(Nerviosísima)* ¡Ay, ay, ay! ¡Me desmayo, me desmayo, me desmayo!...

ROSITA.—¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡Un muerto!

FLORENCIO.—¿Nos habrá invitado desde el más allá?

ROSITA.—¡No! *(Un grito)* ¡No diga usted eso! Dios te salve, María; llena eres de gracia...

ISABEL.—¡Por favor, no hablen todos a la vez! Ahora más que nunca, quiero saberlo todo. Si el duque de Las Colinas ha muerto hace cinco años, ¿quién nos ha enviado las cartas?

(Aparece otra vez Doña Adelita en la misma puerta. Sonríe)

ADELITA.—¡Chiss!... No griten... Las cartas las he enviado yo...¹⁷

MARGARITA.—¡Ella!

ISABEL.—¡La viejecita!

¹⁷ Alfil, Escelicer, Almar: *mandado yo...*

(Doña Adelita cruza la escena y se sienta en una de las sillitas plegables bajo las ramas del almendro. Poco a poco, los demás personajes se van acercando y la rodean)

ADELITA.—(*Un profundo suspiro*) Sí, señoritas. Sí, caballeros. Yo he mandado las cartas que ustedes han recibido. (*Sonriendo*) Pero yo no estoy loca. Me canso; eso, sí. Hoy estoy muy cansada. Y es que siempre que vamos de excursión me da la fatiga. ¡No me sienta bien el campo!...

FLORENCIO.—¡Oh! Y dice que no está loca...

ISABEL.—¡Cállese! (*Con ternura*) ¿Está usted enferma, doña Adelita?

ADELITA.—Sí, señorita. A veces me dan unos ahogos... ¡El doctor dice que es el corazón!

(*Transición*)

¡El que está loco de verdad es Chapete! Se volvió loco hace muchísimos años, cuando llevaba al señor duque a las carreras en aquel hermoso landó. ¡Era un coche todo negro y reluciente! ¡Los caballos tenían hebillas de plata!... (*Sonríe*) ¡Chapete era un gran mozo! Manejaba los caballos con un aire... Yo tenía el pelo muy negro y unos ojos muy alegres. Nos queríamos mucho, mucho. Nos íbamos a casar enseguida. Pero entonces ocurrió el accidente.

ISABEL.—¿Qué accidente?

ADELITA.—Una mañana el señor duque iba en coche a la Alameda de Osuna,¹⁸ cuando se encabritó un caballo y Chapete no pudo dominarlo. Los caballos arrastraron el coche... Al señor no le pasó nada, pero Chapete se hizo una herida en la cabeza. Desde aquel día, ¡y hace ya tantos años!, Chapete vive como en un sueño. Para él no ha pasado el tiempo... Él, en su imaginación, sigue conduciendo el hermoso landó del señor duque. Pero su imaginación lo ha convertido en el más maravilloso de todos los landós; ahora tiene seis caballos... El pobrecillo cree que un día de estos se va a casar conmigo, y está muy impaciente. (*Muy ruborizada*) Porque, eso sí, yo sigo siendo su novia. Aunque, como es tan mujeriego, me da unos disgustos... ¡Le gustan todas!

ISABEL.—¡Oh!

ADELITA.—(*Contenta*) ¡Sí, sí!

MARGARITA.—(*Atónita*) Pero, entonces, ¿es que Pedro y Simón no están locos?

¹⁸ Alameda de Osuna: zona, entonces de recreo, al noreste de Madrid.

ADELITA.—Al principio, no; pero como ya llevamos tantos años sin salir de casa y llevándole la corriente a Chapete, pues los pobrecillos se han trastornado también...

MARGARITA.—¡Qué horror!

FLORENCIO.—¡Es fantástico!

ADELITA.—A mí se me ocurrió que la única manera de hacer feliz a Chapete era darle la razón; jugar con él...; dejarle así, dormido en su sueño. Y eso hice. Desde que el señor duque nos trajo con él a Las Colinas, en mil novecientos diez, yo he hecho que el tiempo y la verdadera vida se detuvieran en la puerta de esta casa. Aquí, entre estas paredes, Chapete ha sido feliz. ¡Yo soy muy fantástica! Aquí dentro vive todo lo que vive en la imaginación de Chapete: un carruaje hermosísimo como aquel; vamos al teatro y a las carreras; somos novios. ¡Jugamos! Porque los sueños no son más que un juego. Nosotros hemos hecho que toda la vida sea un juego también... (*Tímida*) ¿No creen ustedes que hice bien?

ISABEL.—¡Hizo usted algo maravilloso!

ADELITA.—¡Mis pobrecitos viejos! La verdad es que los cuatro nos pasamos la vida en un juego: del Hipódromo, al Real; de Carabanchel, a la Pradera. A veces, cuando Pedro se pone muy pesado, vamos a Aranjuez. A mí me gusta, porque Aranjuez tiene un paisaje muy bonito...

TODOS.—(*Un estremecimiento*) ¡Oh!

ISABEL.—¡Doña Adelita! ¿Por qué el señor duque se encerró en esta casa en mil novecientos diez?

ADELITA.—Verá. Él señor duque, por culpa de una mujer, tuvo un duelo con un señor muy principal de la corte. El señor duque cerró el palacio de Madrid y vino a Las Colinas. Ya no volvió a salir de aquí. Nosotros apenas le veíamos. Vivía en el torreón, entre sus papeles y sus libros. Por las noches bajaba al jardín, y algunas tardes iba de paseo hasta Ávila, para charlar con los frailes del monasterio. (*Un silencio*) Una tarde, hace cinco años, el señor duque me dijo: «Mira, Adelita; me voy a vivir a Ávila, a casa del doctor. Creo que moriré pronto. Las Colinas y toda mi fortuna serán para ti, para que sigas dando a tus viejecitos todas las ilusiones que ellos necesitan. Tú no te cansarás nunca, Adelita, porque todo lo haces por amor. Pero cuando sientas que vas a morir no los dejes desamparados. Busca fuera de Las Colinas a alguien que ocupe tu puesto, alguien que quiera soñar con ellos. Lo encontrarás. Una sola persona comprenderá que hay también una hermosa felicidad en hacer la felicidad de los demás...».

ISABEL.—¿Eso dijo el señor duque?

ADELITA.—Sí, señorita. Y él mismo escribió las cuatro cartas que ustedes han recibido. Marchó a Ávila, y al poco tiempo murió. *(Transición)* Pero cuidado. Chapete no lo sabe. Todos le decimos que el señor duque está en el torreón. *(Un silencio. Ante las miradas de todos, doña Adelita, muy cansada, baja los ojos al suelo. Y aparece ahora más viejecita que nunca)* Hace cinco años que estoy sola en esta casa con ellos. El doctor me dice que mi pobre corazón está agotado. Un día moriré sin notarlo casi. Y entonces, ¿qué va a ser de mis viejecitos? Por eso he enviado a cada uno de ustedes una de las cartas que escribió el señor...

(Se calla. Todos los personajes se miran entre sí. Chapete entra, con su buen sofoco)

CHAPETE.—¡Adelita, Adelita!

ADELITA.—*(Se pone en pie, nueva, alegre, transfigurada)* ¿Qué quieres, Chapete?

CHAPETE.—Ven enseguida. Simón y Pedro están discutiendo en la ermita, y me parece que van a llegar a las manos. ¡Se ponen muy brutos!

ADELITA.—¡Jesús! ¡Pelearse en la ermita! Estos muchachos no respetan nada. *(Volviéndose gentilmente)* Dispénsenme. Vuelvo enseguida. Esta noche, con la llegada de ustedes, están los tres un poco excitados. Pobrecitos, pobrecitos... *(Cogiéndose del brazo de Chapete)* Vamos, querido mío, vamos...

(Juntos, muy juntos, mirándose amorosamente salen los dos despacio. Un silencio)

ROSITA.—*(Después de un gran silencio, muy tímida)* ¿Qué piensan ustedes?

FLORENCIO.—Yo, realmente, todavía no pienso nada. Estoy confundido.

(Transición)

Porque ¿de veras nos han invitado a esta casa para que nos hagamos cargo de cuatro viejecitos?

ISABEL.—Sí... Eso es todo. Hemos soñado demasiado. Fuimos muy lejos convirtiendo cada uno a su duque en su propio ideal. Ahora resulta que el duque no es el mago que soñaba Rosita para transformar su vida. No es el caballo blanco que buscaba Margarita, ni es el príncipe azul enamorado que esperaba yo. Y, claro, tampoco es el Instituto Arqueológico que imaginaba usted. Ya le dije que eso me parecía un abuso...

ROSITA.—De manera que las tres nos hemos peleado por el duque..., iy no había duque!

MARGARITA.—(*Terrible*) ¡Y que esto me pase a mí!¹⁹ ¡A mí!

(*Un silencio. El Músico se acerca muy solícito*)

MÚSICO.—¿Quieren ustedes que toque una piececita?

TODOS.—(*Con mucho coraje*) ¡No!

MÚSICO.—(*Ofendido*) Está bien.

(*Vuelve Doña Adelita por donde se fue, y muy presurosa*)

ADELITA.—¡Ah! Se me olvidaba algo muy importante. Como hace tantos años que no salgo de casa, yo, claro, no sabía a quiénes podía enviar las cartas del señor duque... Entonces pensé que lo mejor sería dárselas al doctor. Y él se las ha mandado a ustedes.

FLORENCIO.—Pero, Dios mío, ¿quién es el doctor?

ADELITA.—¡Caballero! El doctor es un joven de muchísimo talento. Vive en Ávila, pero siempre está en Madrid. Es hijo del viejo doctor que cuidó durante toda la vida al señor duque. ¡Es más simpático y más pillo!... Se llama don Carlos Figueroa...

(*Al oír este nombre, todos los personajes sofocan un grito*)

TODOS.—¡Oh!

ADELITA.—(*Muy asustada*) ¡Ay!

MÚSICO.—(*Nerviosísimo*) ¡Ese!... ¡Ese es el caballero que anoche me contrató para venir a esta casa!

ISABEL.—¡Dios mío! ¡Carlos Figueroa! ¡Pero si es mi primo Carlos!

FLORENCIO.—(*Asombradísimo*) ¡Qué casualidad! Carlos Figueroa es mi mejor amigo... Hemos ido juntos al colegio.

ROSITA.—¡Ay, Virgen! Ese... ese es el socio de la Gran Peña que me quiere poner un piso.

ADELITA.—(*Estupefacta*) ¡Anda! ¿Y para qué le quiere poner un piso?

MARGARITA.—(*Con infinito coraje*) ¡Ese sinvergüenza!

TODOS.—¿Qué?

¹⁹ Alfil, Escelicer, Almar: *¡Y esto que me pase a mí!*

MARGARITA.—¡Ese sinvergüenza es el padre de mi hija!

TODOS.—¡Oh!

(Revuelo. Todos murmuran algo y van de un lado a otro. Margarita solloza. Isabel va hacia ella)

ISABEL.—¡Margarita! ¿Qué has dicho?

ADELITA.—¡Ave María! Pero ¿tan pillo, tan pillo, es el señor doctor?

(Y santiguándose mucho y muy de prisa, muy asustada, sale)

FLORENCIO.—*(Indignadísimo)* Pero ¿qué enredo es este? ¿Es que mi amigo Figueroa pretende que yo me encierre en una casa en medio del campo para cuidar cuatro viejos locos de remate? Esto es insólito, inconcebible... Como si cada uno pudiera hacer con su vida lo que quiera. ¿Cómo voy yo a abandonar mis estudios, mis proyectos científicos, todo lo que es mi vida, para atender a esos pobres locos a punto de morir? ¡Ah, no! ¡Esto, no! Esto es demasiado. Yo le diré a Figueroa todo lo que se merece por haberme puesto en esta situación. Siempre se ha burlado de mí y de mi ciencia. Me ha gastado muchas bromas. ¡Pero esta no se la perdonaré jamás!

MÚSICO.—Tiene usted razón, caballero. Muchísima razón.

FLORENCIO.—*(Furioso)* ¡Vaya usted a paseo!

MÚSICO.—*(Mohíno)* ¡Oh!

MARGARITA.—*(Con decisión)* Yo me marchó.

ISABEL.—¡Margarita!

MARGARITA.—Sí, sí; me voy. ¡Carlos está en Ávila! ¿Comprendes? Cuando os dije que odiaba a todos los hombres mentí; a él le quiero con toda mi alma. Es un golfo, es un granuja, un sinvergüenza... Pero es al único que he querido. ¡Isabel! ¿No crees que debo ir en su busca?

ISABEL.—¡Sí, Margarita! Vete.

MARGARITA.—¡Gracias! *(La besa nerviosamente)* Adiós, Isabel. *(Se vuelve a los demás)* Buenas noches. Estoy segura de que todos nos volveremos a ver pronto.

(Y sale precipitadamente. Allá en un rincón, un sollozo cohibido de Rosita)

ISABEL.—¿Por qué lloras, Rosita?

ROSITA.—Por todo lo que he perdido aquí esta noche... Yo esperaba del duque más, mucho más, que todos ustedes. ¡Pobre de mí! Ahora me doy cuenta de que lo que yo esperaba era un milagro...

ISABEL.—¡Oh!

MÚSICO.—Señorita, caballero: he tenido un verdadero placer en conocerles. Me voy corriendo a Ávila para recoger a mis muchachos. ¡Deben estar haciendo locuras! Sobre todo, de mi padre no me fío nada... Además, en esta casa la fiesta ha terminado, y yo fui contratado para una fiesta. Señorita, a sus pies. Caballero, si tiene usted el legítimo deseo de verme actuar, venga una noche a «Copacabana» y tendré mucho gusto en dedicarle una canción... (*Se inclina; se vuelve y sonrío*) ¿Vamos, Rosita?

ROSITA.—¡Bobby! ¿Me llevas contigo?

MÚSICO.—¡Naturalmente! Y, además, entérate: esta aventura me ha inspirado una nueva melodía, que pienso titular «Rosita sueña». ¿Qué te parece? Será uno de mis grandes éxitos... Puedes estar orgullosa.

ROSITA.—(*Emocionadísima*) ¿Es cierto? ¿No me engañas? ¡Ay, Bobby! Eres maravilloso, maravilloso.

(*Y, cogidos del brazo, muy juntos, alegres, salen por el fondo.
Quedan en escena Isabel y Florencio*)

FLORENCIO.—¡Nos han dejado solos! Es natural. Tienen prisa. La vida está muy lejos de aquí. En esta casa solo hay imaginación, sueños, mentira... Esos cuatro ancianos no son más que fantasmas de sí mismos. Sería una verdadera locura quedarse a compartir las manías de unos viejos que se han vuelto locos de soledad...

ISABEL.—(*Sonriendo*) Yo me quedo.

FLORENCIO.—(*Boquiabierto*) ¿Qué dice usted?

ISABEL.—¡Sí! Me quedo en Las Colinas. Lo he decidido ahora mismo...

FLORENCIO.—Pero, Isabel... ¿Se ha vuelto usted loca?

ISABEL.—¡Dígale usted a mi primo Carlos que ya sé por qué me envió la invitación del duque! Dígale que le adivino el pensamiento. A ustedes les ha gastado una broma divertida, pero a mí me ha encargado una misión... Él cree que nadie como la prima Isabel, con la cabeza a pájaros,²⁰ puede ser el nuevo huésped que hace falta en Las Colinas. ¡Y tiene muchísima razón!

FLORENCIO.—¡Isabel!

²⁰ Alfíl, Escelicer, Almar: *como la prima Isabel, como la cabeza a pájaros*

ISABEL.—¡Sí! Voy a convertir estas paredes viejas en una casa limpia y alegre donde esos ancianitos llenos de ilusiones vivan los más bellos años de sus vidas...

FLORENCIO.—(*Desolado*) ¡Pero esto es una catástrofe!

ISABEL.—¿Qué dice?

FLORENCIO.—Si usted se queda en Las Colinas, ¿qué hago yo? Porque yo..., yo me había hecho ilusiones, Isabel. Yo pensaba que usted y yo podríamos volver a encontrarnos muchas veces en la Pradera. ¿Ha olvidado qué felices fuimos hace unos momentos debajo de ese árbol?

ISABEL.—(*Ríe*) ¡Oh!

FLORENCIO.—(*Transición, alegrísimo*) Claro que si usted se queda, yo puedo venir muchas tardes en el tren de las siete.

ISABEL.—¿Vendrá usted, Florencio?

FLORENCIO.—¡Sí! (*Jubiloso*) Y si usted quiere, un día...

ISABEL.—¿Qué?

FLORENCIO.—(*Sofocadísimo*) No, nada. ¿Ve usted? Ya me he puesto colorado... Es fatal. ¡Me da un coraje!

ISABEL.—(*Riendo*) ¡Florencio!

(Ríe ella. Él, emocionado, lleno de ilusión, termina riendo también)

FLORENCIO.—¡Isabel!

ISABEL.—¿Qué?

FLORENCIO.—(*En secreto*) Voy a hacerle una confesión. Desde que entré en esta casa y supe que ese sofá es un landó de seis caballos, estoy deseando subir al coche y dar una vueltecita.

ISABEL.—(*Ríe*) ¡Y yo también!

(Ríen los dos. Florencio la toma de una mano y la arrastra hacia el landó. Se sientan los dos en el «pescante» de Chapete, muy juntos. Florencio toma los cordones que hacen de riendas, y ella, el gran látigo, que sacude en el aire)

FLORENCIO.—¿Eh? ¿Qué tal?

ISABEL.—¡Magnífico!

FLORENCIO.—¿Adónde vamos?

ISABEL.—(*Soñando*) ¡A la felicidad!

(Surgen cautelosamente, por la derecha, los cuatro viejecitos. Doña Adelita trae otra vez su sombrilla abierta, y Pedro, un buen manojo de globos. Los cuatro, al sorprender a Florencio e Isabel en el «landó», se detienen, muy contentos, muy juntos. Cuchichean)

PEDRO.—¡Oh! Mirad...

ADELITA.—(Un dedo en los labios) ¡Chiss!

(Los cuatro, de puntillas, sin ruido, avanzan y toman asiento en el sofá, esto es, en el interior del landó, de manera que ahora el coche marcha conducido por Isabel y Florencio con los cuatro viejecitos en el interior. Y los cuatro comienzan a cantar, muy suave, muy tenuemente, el viejo romance, mientras cae, muy despacio, el telón)

LOS CUATRO.—

¿Dónde vas, Alfonso Doce,
dónde vas, triste de ti?
Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la vi.

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE